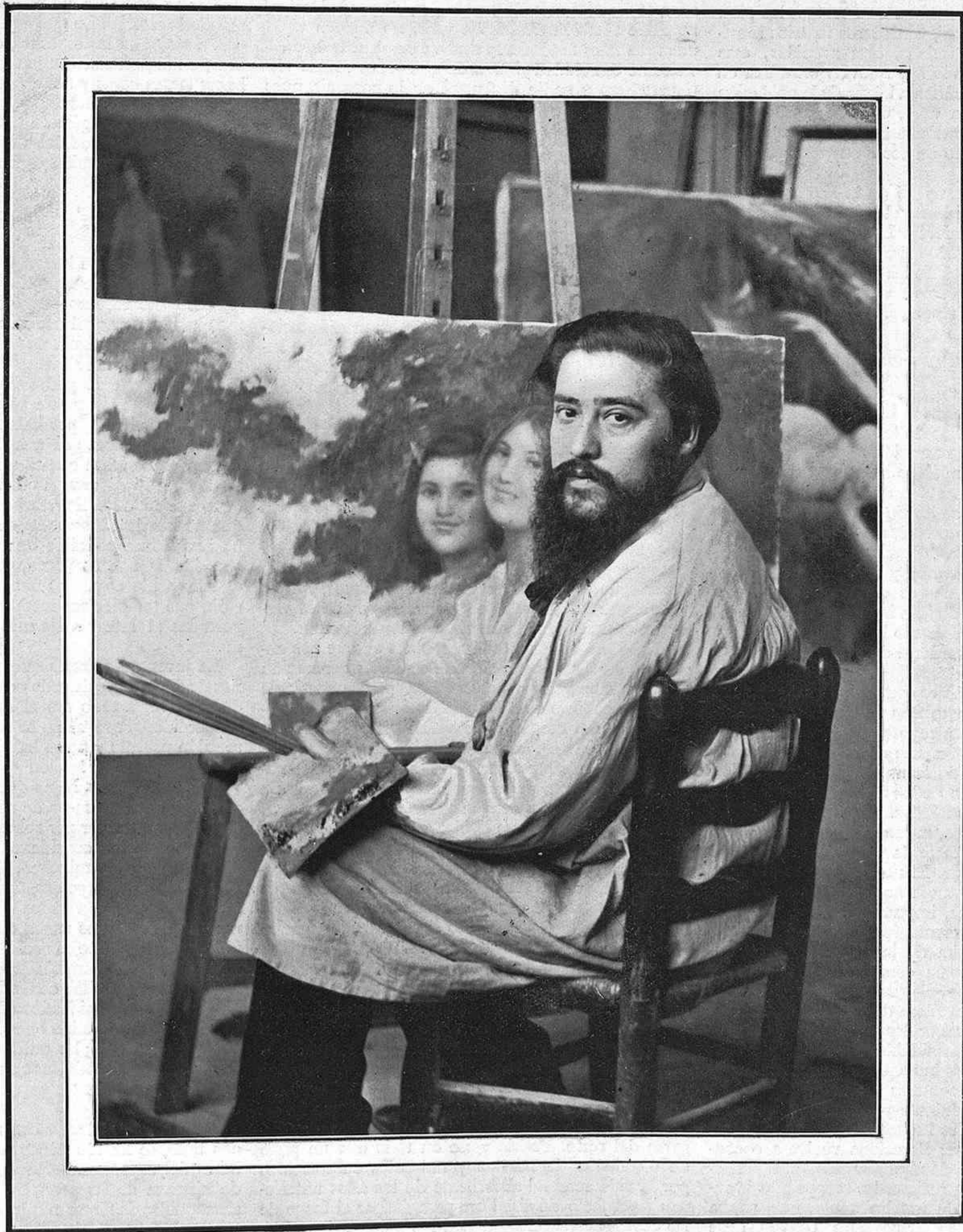


La Ilustración Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 24 DE FEBRERO DE 1913

NÚM. 1.626



El malogrado pintor JUAN BRULL en su taller pintando uno de sus lienzos

(De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *La santa resignación*, por Margarita Carmona. — *Juan Brull*. — *La guerra de Oriente*. — París. *Transmisión de los poderes presidenciales al nuevo presidente Sr. Poincaré*. — *Esposales de la princesa Victoria Luisa de Alemania*. — Rosa Sarto. — *Medalla para el capitán Rostron*. — Tetuán. — *Los terreros del radio* (novela ilustrada; continuación). — *La crisis japonesa*. — *El monasterio de San Pedro de Roda*. — *Boy-scouts femeninos en Alemania*. — Libros. — Madrid. *Colocación de la primera piedra del Colegio de Nuestra Señora del Carmen*.
Grabados. — *Juan Brull*. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *La santa resignación*. — *Armonía; Cabezas de estudio; El cuento de la abuela; Añoranza; Dño*, cuadros de Juan Brull. — *La guerra de Oriente* (cuatro fotografías). — París. *Transmisión de los poderes presidenciales* (tres fotografías). — *Victoria Luisa de Alemania y su prometido*. — Rosa Sarto. — Tetuán. *Puerta de Sidi-Saïdi*. — *Boceto de la medalla en honor del capitán Rostron*. — *Crisis japonesa*. — *Vistas del monasterio de San Pedro de Roda*. — *Grupo de muchachas exploradoras*. — Madrid. *Colocación de la primera piedra del Colegio para huérfanos de la Marina*.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

La otra tarde, volvía a Barcelona, después de mi paseo hasta el Parque Güell. Era domingo. Los caminos, las avenidas, las veredas, rebosaban de gente. Ya desde uno de los miradores de aquel Parque, me había asombrado el panorama que tenía a los pies. Líneas de puntitos negros, verdaderos rosarios móviles, indicaban esos caminos, esas avenidas, esas veredas. Coches, automóviles, tranvías cruzaban en todas direcciones la cuadrícula lejana de la población y de sus suburbios. Un vago, confuso rumor, suma de mil y mil rumores particulares y distintos, ascendía hasta el monte como un eco de aquella plenitud vital.

Por el camino de San José de la Montaña salí a los Jusepets y descendí hasta el Paseo de Gracia siguiendo la calle de Salmerón. Las aceras eran un río humano; gente en los balcones, banderas flotando al aire, grupos en las mesas de los cafés, tranvías repletos, coronados de pasajeros en la imperial, coches, autos, motocicletas detonantes. En el cruce con la Diagonal el espectáculo se ensancha, se hace más grandioso. El sol iba a trasponer el horizonte. Una luz roja, anaranjada, reverbera en los cristales de los edificios, chispea en las veletas y los pararrayos, resbala por las cornisas, en los ladrillos de reluciente barniz, sobre el charolado de los coches bruñidos.

Y la gente hormiguea también a lo largo del doble Paseo de la Diagonal, a lo largo del doble Paseo de Gracia, en declive hasta la distante Plaza de Cataluña. Del lujoso incendio de la puesta del sol se pasa lentamente, suavemente, a las tintas moradas del crepúsculo. Los focos eléctricos estallan en la lejanía, como perlas enormes y luminosas, sobre un fondo violeta. Los mecheros de gas se encienden también como una prodigiosa interminable teoría de mariposas de fuego, señalando las calles, las vías, las arterias que corren a perderse en el misterio de sombra del último confín.

La Plaza de Cataluña es como un remanso en que el río de la circulación urbana se divide en riachuelos y deja unas islas en reposo, cercadas por el ir y venir incesante de toda suerte de vehículos, entre el ensordecedor vocerío de la multitud, la trepidación del suelo, el repiqueteo de los tranvías y las bocinas alarmantes de los automóviles. Desde lo más alto de la Rambla de Canaletas, mirando hacia la Boquería y la Rambla de las Flores, la vista que se descubre causa emoción y vértigo. El río humano se presenta allí con toda su majestuosa amplitud: es una avenida torrencial, magnífica, imponente. Allí se hace sensible y visible ese elemento épico que se llama muchedumbre. Esa tromba de la vida, por la cual el planeta se anima y toma conciencia de sí mismo, discurre desbordante por el gran paseo barcelonés, en esa hora única, conmovedora de la tarde dominical.

Y entonces el observador desprevenido experimenta la sensación de lo formidable: la sensación de las grandes aglomeraciones humanas, semejante a la del mar en sus calmas placenteras y en sus irresistibles furores, en su fluir ondulado y acordado no menos que en sus tempestades bruscas.

Sí, no puede negarse: Barcelona vuelve a encontrarse en un momento de rápida ascensión, de crecimiento, de diástole. Barcelona ha recuperado la intensidad y velocidad de movimiento a que estaba acostumbrada desde la Exposición Universal de 1888. No se trata de una vanidosa ilusión. La ciudad crece a ojos vistas y se encuentra de nuevo dentro de su órbita. Se construye en ella como en sus mejores tiempos y donde no se construye se renuevan y remozan los edificios. Casas del Paseo de Gracia que no tendrían más allá de veinte años han sido derribadas en obsequio de esta renovación, y todo vuelve a indicar la afluencia de gentes y capitales,

reanudándose la corriente inmigratoria que vino a hacer de nuestra urbe algo así como la capital y posada europea de los pueblos hispanoamericanos.

¿Será durable este fenómeno? ¿Rebotarán las causas ominosas que vinieron a interrumpirlo? Hay que creer que no. Las generaciones se cansan de su propia obra, así que ven la esterilidad en que cae, y aun por el sólo hecho de envejecer ellas mismas. Los últimos quince años han sido para Cataluña, y para nuestra ciudad más especialmente, de una tensión extraordinaria, de una lucha durísima y fatigosa.

Lucha intelectual, lucha pasional, lucha de acción, lucha de sangre... Se ha querido consolarla de sus pérdidas y de sus hemorragias con especiosas razones y vanos títulos de honor. Se le ha dicho que era la «fragua» donde se forjaba el porvenir, el «laboratorio» donde se ensayaba el progreso, el «palenque» donde combatían los nuevos principios y donde medían sus armas y sus fuerzas los fundadores de la ciudad futura.

¡Fragua, laboratorio, palenque, ciudad futura! Lindas abstracciones para caer, rotundas y llenas de resonancia, en los párrafos finales de un discurso, en el epifonema de las proclamas y de los artículos; pero que cuando repercuten sobre la realidad en forma de estrago, de desolación y de ruina, hacen pensar a los menos avisados: — Y bien, ¿la verdad actual no tiene también derecho a vivir, no merece vivir, mientras tales fundadores acaban de planear definitivamente esa ciudad futura de que todos somos víctimas ahora y nadie disfrutará en lo porvenir, pues cuando exista como realidad ya se habrá presentado otra ciudad futura, inexistente, a turbarla y demolerla a su vez?

A Barcelona le ha rodado la cabeza, durante los tres lustros pasados, como si sintiera los efectos de un terrible alcohol. Alcohol de doctrina, de ideales, de proyectos; embriaguez intelectual y sociológica; arrebatos súbitos seguidos de desmayo, lucidez momentánea seguida de silencio y obscuridad; prurito de todas las novedades, aun las más excéntricas, en el orden político, en el social, en el artístico, en el literario, en todos los órdenes, desde las manifestaciones más severamente científicas a las más burdas supersticiones, iluminismos, teosofismos y cábalas...

No ha habido utopía, no ha habido extravío, ni audacia, ni error que no encontrarán aquí adeptos momentáneos o ambiente favorable. Utopía anárquica, utopía religiosa, utopía pedagógica, lingüística, bromotológica inclusive, ha habido lugar para todo, desde el ocultismo al cubismo, desde la secta vegetariana al esperanto... Creo que en ninguna ciudad del mundo se ha dado un caso igual ni se ha visto nunca un hervidero semejante de pasiones, ideas y pseudo ideas. De la mezcla de tantos vinos diferentes, no podía venir más que embriaguez, y de la embriaguez violencia momentánea, y pasada la violencia, depresión, inapetencia espiritual, hartura.

Y, ¿no puede ser éste el momento en que nos encontramos? La generación que sube, la generación escolar secundaria y universitaria, parece sentir de un modo confuso e instintivo las consecuencias fisiológicas de ese empacho de sociología multiforme e improvisada. Tanto como han sido trascendentales los jóvenes de 1895 hasta aquí, diríase que los muchachos de ahora sienten desvío y prevención hacia lo trascendental y muestran una tendencia opuesta. Aman la vida más que la idea y el mundo más que sus representaciones y figuraciones abstractas.

Acaso esta reacción misteriosa contra el intelectualismo llevado al frenesí explica el auge de los deportes. Hay todavía muchas «juventudes» nominales en lo político, en lo científico o cultural; mas cuando uno las ve de cerca reconoce que en ese título existe no poco de arbitrario y convenido. La juventud militante empieza a peinar canas; y la otra, la verdadera, la legión de los adolescentes auténticos, llena los campos de *foot-ball* y las sociedades deportivas. Como diez y ocho mil, acaso veinte mil asociados supone ahora el censo del *foot-ball* barcelonés, según tengo entendido. Lo que suman los demás deportes no es para dicho. La reciente institución de *boy-scouts* ha venido a completar el cuadro y encargarse del resto. Podría verse en todo ello un poco de distensión de nervios y músculos entumecidos por la vida cerebral absorbente de los años anteriores; un anhelo de aire libre para disipar el fuego de las cabezas caldeadas y dilatar los pulmones oprimidos sobre las mesas de lectura o sobre las tribunas y pupitres de los mitines y las aulas.

De todas maneras el hecho de que el deportismo de la generación que sube haya venido a suceder al trascendentalismo de la generación presente no puede ponerse en duda. La nota dominante y la caracterización del momento en que vivimos es ésta. Los ejercicios, los juegos, el culto de la agilidad corporal

constituyen la preocupación más absorbente de la juventud extrema. ¿Es un derivativo, una astucia de la naturaleza para salvar la crisis nerviosa que tenía convulsa a nuestra población? ¿Busca por ahí el instinto vital de la sociedad un desgaste ficticio que aplaque su neurastenia y le devuelva el sueño y el equilibrio que perdió? ¿Es un mal? ¿Es un bien?

Tantas son las cuestiones y dudas que suscita ese fenómeno. Responder a ellas categóricamente en un escrito que sale al correr de la pluma, supondría pretensiones y vanidades que están muy lejos de mi manera de ser. Pero no he de ocultar que me inclino, por impulso, por presentimiento, a considerar como un síntoma favorable esta momentánea remisión de la fiebre utópica que nos ha devorado hasta ahora. ¿Será que yo considere perdido, estéril o abominable todo lo que se ha hecho o todo lo que se ha sembrado? No, por cierto.

Sé que en todas las épocas de creación acontece lo mismo: cada creación, grande o pequeña, supone su caos, sus torbellinos, sus nebulosas, sus vorágines. El tumulto de la energía confusa o dispersa, antes de llegar a concentración y ordenación, produce estremecimientos y cataclismos, en busca de una normalidad o estabilidad. Y eso es lo que necesitamos ahora: un poco de normalidad.

Mas no tan sólo normalidad de la calle, ni normalidad material. Lo que aquí hace falta es normalidad a secas: en los espíritus, en la vida, en las palabras, en el pensamiento, en el arte. Hemos querido hacer tantas cosas y tan grandes, decir tantos pensamientos y tan sublimes, que la obra de esos quince años conserva vestigios de una inmensa tortura: algo así como en esos edificios con grande armazón metálica, queda retorcido el hierro por las llamas devastadoras...

Decía Butteweck, hablando de Gracián: «Gracián sería un gran escritor si no se propusiera continuamente ser un escritor extraordinario.» Pudiera creerse que nosotros nos hemos empeñado, por patriotismo noble, en ser extraordinarios; y que para «hacer grande y asombroso» — digámoslo a la francesa — hemos salido de aquel cauce universal por donde discurren todas las manifestaciones de la vida en todos los pueblos definitivamente constituídos.

Ya sé lo que se podrá objetar respecto de este punto: que precisamente por esto, por no tener una cultura constituida, por haberse interrumpido su tradición y la nobleza que una tradición aporta, por hallarnos en una fase constituyente, propendamos a lo enorme, a lo extravagante, a lo incoherente con el resto del mundo. Es verdad: gran parte del hecho que acabo de observar se debe a esa orfandad que ha hecho indispensable una improvisación. Mas ya que ella resulta necesaria, consultemos un oráculo que no suele engañar nunca: la modestia, la discreción, que también son medida y sentido clásico transportadas al arte y a las más altas disciplinas de la mente.

La juventud extrema que ahora juega en los campos de deporte y cultiva los ejercicios corporales puede devolver a todo eso el reposo, la serenidad que ha perdido. ¿Por qué no se habrá abierto todavía esa revisión urgente y no se habrá sacado de ciertos fracasos parciales la lección que contienen? Acaso se vería claro a estas horas que alguno de estos fracasos es debido al exceso de ambición y que el puchero se echó a perder por sobra de ingredientes...

Todo esto iba considerando la otra tarde al anochechar, terminado mi paseo, entre la multitud que venía también del suyo acostumbrado, que salía de los teatros, que entraba en los cines, que cubría las aceras alrededor de las mesas de café... La sensación de plétora desbordante en una Barcelona hace años desconocida, me acompañaba desde hacía dos horas. Aquel paseo, a solas con mis cavilaciones, con mi observación, con mi instinto de barcelonés me reveló íntimamente el cambio operado. Esta no es la ciudad de 1907 — pensaba; las calles desbordan, los rumores suenan de otro modo, las caras tienen otra expresión, el andar de las gentes expresa un estado de ánimo distinto.

Y contando al lector estas cavilaciones y emociones mías, se ha ido llenando el papel y llego al término del espacio acostumbrado sin poder tratar ya de ninguna de las pequeñas actualidades concretas, susceptibles de tentar mi pluma. ¿Pero no es también una realidad tangible y un asunto digno de ser fijado por la crónica este momento de una ciudad atormentada que recobra su alegría, su humor y los colores de la juventud, que crece de nuevo y que transparente el fluir interno de una savia pujante, como en los mejores días de su lozana mocedad, cuando ingresó en la categoría de las grandes urbes europeas?

MIGUEL S. OLIVER.



Sentada junto a la cama, esperaba a que llegase el nuevo día...

LA SANTA RESIGNACIÓN

Yacía la tierna criatura sobre la blanca cunita que el amor de la madre cubriera hasta el último instante, como si prestase el amparo de su cuerpo a aquel indefenso ser contra la desconocida y poderosa efigie de la muerte...

Todas las ilusiones de su amor materno truncadas en flor, a igual que cuando el aquilón troncha, azotándolos, los débiles retoños de los árboles, desgajándolos con furioso ímpetu: aquel ángel, que ella había criado con infinita ternura, en el que miró el compendio de sus amores, el resurgir de su muerta felicidad de esposa, ahora, después de varios días de padecer un sufrimiento intenso, que no podía exteriorizarse sino por el apagado brillo de la mirada, por el continuo suspirar de aquel pecho infantil, sin poder ser atenuado por la palabra que, comprendida, es como cariñoso bálsamo de consuelo que lo adormece y disminuye, sucumbía a la enfermedad... Medicinas, médico, cuidados maternos..., todo, todo había sido inútil...

La pobre madre la vió morir, estoica, con un valor que la locura hizo más intenso, en un embotamiento de su ser tan grande, que durante aquel postrer momento no vertió ni una sola lágrima...

Pero a poco, cuando comenzó a vislumbrar la extensión de su desgracia, cuando supo darse cuenta exacta de la rudeza del golpe que acababa de sufrir, fueron sus ojos a manera de torrente que dejaron correr sobre sus mejillas raudal inmenso de ardientes lágrimas.

Era un cuadro desgarrador el que ofrecía aquella mísera estancia, donde se confundían en una sola sensación el más grande amor y la mayor desesperación de la vida... Inclinada sobre la cuna, la madre lloraba; caían sus lágrimas sobre el inocente rostro del fruto muerto..., como otros tantos besos que, al

choque, misterioso poder convirtiera en perlas... De vez en vez, un hipo brusco, doloroso, entrecortaba su llorar, y a igual de compuerta de presa que se abre, se escapaban de su abatido pecho los sollozos, desgarradores, estridentes, que lograban calmar aquel agudo dolor.

Llevaba seis u ocho horas así. Había perdido la noción del tiempo... — ¿Para qué la necesitaba?... — ¡El tiempo!.. Al pensar en él, por un instante sintió la horrible pesadez que esta idea encerraba... El significaba la separación inmediata de aquel hijo suyo, él daba clara noción de lo efímero de nuestras felicidades e ilusiones... Lo odió y no se volvió a acordar más de él.

Fué, durante aquel intervalo de horas, como las bestias, tratando de reanimar el cadáver de sus hijos, dándoles el calor de sus pechos, acariciándolos, besándolos, queriendo infundirles una vida que, en su animalidad, no comprenden ya perdida para siempre...

¡Ella, que hubo de cifrar venturas sin cuento en aquel inocente ser..., que soñó por ella para cuando llegara a mujer!..

Sus ojos no vertían más llanto... La fiebre secó en breve el manantial de las lágrimas..., y ahora presentaba un aspecto más doloroso, más desconsolador.

Los labios contraídos, pintándose en ellos una mueca de desesperación infinita; los ojos desencajados, brillantes, reflejo fiel de una locura próxima; crispados todos los miembros de su cuerpo en un arrebatado espantoso que hablaba de una defensa impotente de algo muy querido contra algo invencible e inmutable...

El cansancio, apoderándose de ella en los momentos de más intenso dolor, la rindió al sueño..., sueño laxo que había de debilitar su tensión nerviosa, brindando a sus dolores el consuelo del momentáneo olvido..., que fué como especial favor del cielo

para amortiguar aquel agudo pesar..., y su mente, combatida y alocada por tantas y tan fuertes emociones, divagó errante, a través de tiempo y espacio, sin noción exacta de las cosas, impulsada solamente por la fantasía, o movida tal vez por un hálito divino que la hizo, al obligarla a soñar, buscar en el sueño, que pudiera ser una pintura de lo porvenir, la flor misteriosa y escondida de la resignación, oculta a las humanas miradas y hallada sólo por los que en la Fe buscaron siempre el consuelo de las transitorias penas del vivir...

Soñaba... Vió a su hija, ya grande, casada tras cruentas y amargas vicisitudes en su niñez y juventud... Las luchas, primero, del taller, con su escasez de sueldo y su exceso de trabajo; la miseria, después, en el hogar, las comidas tasadas..., el vestido modificado, buscando en la nueva forma el modo de ocultar el descolorido o el roto de años anteriores... Las noches de vigilia, cerrándose sus ojos a impulso del cansancio por la jornada del día, y teniendo que poner en juego toda su voluntad para proseguir una labor que había de aumentarles, al día siguiente, su escasa ración de alimento... Tiempo después, ya casada, las otras miserias, aun mayores que las primeras, al lado de su marido, un hombre que pudo ser bueno si los embates de la vida y la falta de fe no lo hubiesen hecho perverso... Él se casó con ella, no por amor, ¡que mal pudo sentirlo quien por la vida marchó sembrando odios!, sino por buscarse una compañera, como la llamaba, no la que hubiera de darle dulce consuelo en sus penas, sino la que llevaría a la casa algo de lo que entre los dos habían de consumir, proporcionando a él, de este modo, un descanso que hacía que la de ella fuese incesante labor que la aniquilaba...

Luego, los hijos; aquellos pobres seres venidos al azar, a los cuales el padre no acariciara nunca y a los que la madre había de atender en los momen-

tos que para reponer sus fuerzas tenía, ¡y que eran tan escasos!

Vió, en sueños, la continuación de sus sufrimientos, la pintura tétrica de una vida todo pesares y tristezas, de la cual los hijos eran como flores mustias, sin aroma para perfumarla... Y vió allá lejos, en el cielo, un rostro angélico que la sonreía con infinita ternura y la invitaba a no llorar por su pérdida..., por aquella ausencia temporal que tan desgraciada la hacía y a la cual iba aparejada la cesación de los dolores y miserias humanos...

Tendió los brazos al cielo..., era su hija muerta, que allí estaba, enviándole besos y caricias que, atravesando la atmósfera, llegaban a su frente, oreándola con el perfume de pureza de los elegidos...

Por el abierto balcón penetraba el aire fresco de una noche primaveral, llevando en sus ondas los mil rumores de la ciudad en su constante ajeteo... En el insondable azul, innúmeras estrellas titilaban su temblón destello. ¿Éran mundos o ángeles?.. La madre despertó: iba hacia el balcón mirando a una fijamente. Sus ojos despedían ahora una claridad misteriosa, sondeadores de algún desconocido arcano: sus labios se entreabrían en una cariñosa sonrisa de esperanza... Miraba la estrella como si, salvando la distancia, la acariciase con una ternura infinita...

«¡Ella es feliz!» pensó: y volvió junto a la cuna, donde el cadáver de su hija yacía.

Un rayo de luna acariciaba la rizada cabellera de la niña, formando un nimbo de luz en torno de su semblante dulce, apacible, que sonreía aún, como si aquella almita lo hubiese animado para la despedida...

La pobre madre se había transfigurado: la besó suavemente en la frente, y revestida de la serenidad que la resignación le prestaba, le fué poniendo sus ropitas domingueras, un vestido muy blanco, con el que la niña llamaba la atención de los paseantes..., aquella cinta color rosa que ella prefería siempre para sus cabellos...

La fué vistiendo poco a poco, moviendo con suavidad aquel cuerpo muerto que tan caro le era: cortó del rosal, que en una de las macetas del balcón florecía, blancos capullos, esparció sus pétalos sobre la muerta... y esperó...

Recordó que, cuando niña, había leído que Él, a su paso por la tierra, habló al corazón de los padres

«dejad que los niños se acerquen a mí»

y era Él quien llevaba a su hija junto a Sí... ¿Para qué y por qué llorarla más?..

La santa resignación se había ido apoderando lentamente de ella, cambiando su dolor y desconsuelo en fe y esperanza.

Ya no lloraba: sentada junto a la cama, esperaba a que llegase el nuevo día y con él la hora en que la separarían para siempre de su querida hija, de aquella frágil envoltura carnal, mas no de la esencia, a la cual confiaba reunirse muy pronto... ¡Había sido aquel amor el más grande y más puro que sintiera!

Y cuando la medrosa aurora comenzó a extender su claridad por el horizonte, aquella estrella lejana, bella y luminosa como un símbolo, fué amortiguando su brillo...; parecía como si se alejara llevando

consigo un alma joven que enviaba una caricia de luz temblona a algún ser querido que abandonara en la tierra..

MARGARITA CARMONA.

(Dibujo de Tamburini.)

jes y dar a sus figuras una idealidad hechizadora, colocándolas en un ambiente propio y adecuado, siempre lleno de elegancia y de poesía.

En sus cuadros todo es armónico: el asunto, el dibujo, el color, todo se compenetra en ellos, todo se funde en un conjunto de placidez que despierta en el espectador sensaciones no sentidas, que infunde en el alma de quien los mira la verdadera emoción estética.

Los tipos de sus mujeres son todos ideales; la visión de la materia parece no existir en ellos. Hay en todos un algo indefinible que, relegando a segundo término lo que puede halagar a los sentidos, determina como impresión principalísima un efecto puramente espiritual. Sus mismos desnudos se ajustan a esa ley que parece haberse trazado el artista; en ellos no se advierte el menor sensualismo; todo es inocente, casto, ideal, con la inocencia, la castidad y la idealidad de la desnudez clásica.

Y sin embargo, no puede decirse que Brull fuese un imaginativo: sería injusticia colocarle en el número de los visionarios y fantaseadores. Brull pintó la realidad, lo mismo cuando trasladaba a la tela sus deliciosos paisajes que cuando reproducía en ella sus encantadoras figuras; pero de la realidad escogió únicamente lo bello, lo que se amoldaba a sus sentimientos. La fealdad, así material como moral, fué siempre por él rechazada; él sólo quería la verdad, pero cuando la verdad estaba avalorada por la bondad y la belleza.

Y para expresar y traducir esa verdad bella y buena, supo trazar con su lápiz líneas y contornos de suavidad exquisita y amasar en su paleta colores y matices de imponderable delicadeza. Sus cielos, sus árboles, sus lagos parecen inspirados en cuentos de hadas, pero en cuentos de hadas que se desarrollasen en una decoración del mundo real. Sus mujeres parecen a veces verdaderas ninfas; mas no son engendros de una fantasía exaltada, sino visión del pintor que supo escoger entre seres vivientes los que mejor se adaptaban a su temperamento de poeta.

También quiso Brull intentar lo que comúnmente

se llama pintura realista, dando a sus figuras femeninas una expresión mundana; mas cuando esto hacía, no tardaba en convencerse de que aquellos derroteros no eran los propios de su vocación artística y volvía cada vez más convencido y con mayores alientos al género por algunos mal llamado idealista y que en él sólo tenía de idealismo el sello espiritual que su sentimiento poético imprimía en la realidad.

Dentro de este género, dentro de sus personales tendencias, supo Brull lograr en su producción una gran variedad, según lo atestiguan las numerosas obras expuestas en el Salón Parés, en las que el artista, sin desviarse de la senda que se trazara, ha tratado asuntos diversos.

La exposición póstuma de obras de Brull ha sido muy visitada; el público ha rendido nuevo homenaje al malogrado artista no sólo admirando una vez más sus obras sino también adquiriendo muchas de ellas.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que se honró con la asidua colaboración de Brull, se asocia hoy a ese homenaje reproduciendo, además del retrato del artista ilustre, algunos de los cuadros que figuran actualmente en el Salón Parés. — T.



Salón Parés. - Armonía, cuadro de Juan Brull. (De fotografía de F. Serra.)

JUAN BRULL

En el Salón Parés celébrase actualmente una exposición póstuma de pinturas y dibujos del ilustre y malogrado pintor catalán fallecido hace algunos meses. Esta exposición, además de ser un piadoso tributo de consideración y respeto a la memoria del que tan alto supo poner su nombre en el mundo del arte contemporáneo, constituye una prueba palpable del talento y de la laboriosidad del artista insigne y de la valía de la obra que realizó.

Brull debió cuanto llegó a ser a sus propios esfuerzos y merecimientos. Los comienzos de su carrera artística fueron modestos, como correspondía a su posición social, pero a pesar de ello, logró encumbrarse y adquirir verdadera personalidad gracias a sus excepcionales aptitudes, pero gracias también y muy principalmente a su estudio, a su perseverancia y a su actividad infatigable.

Fué un pintor poeta en toda la extensión de la palabra. Dotado de un temperamento exquisito, de una sensibilidad extremada, sabía apreciar y escoger los aspectos más dulces y más serenos de los paisa-



Cabeza de estudio



Cabeza de estudio



El cuento de la abuela. (De fotografías de F. Serra.)

LA GUERRA DE ORIENTE. (Fotografías de Carlos Trampus y Argus Photo-Reportage.)



Heridos búlgaros en Tchoru enterándose de las noticias de su patria contenidas en un periódico que lee uno de ellos

Prosiguen con relativa actividad las operaciones militares en Skutari, Janina y Andrinópolis, sin que en ninguno de estos tres puntos se haya librado ninguna acción de importancia.



El exgran visir Hakki-bajá, que actualmente se encuentra en Londres para gestionar la intervención de las grandes potencias.

El gobierno búlgaro, accediendo a las peticiones formuladas por Francia, ha permitido que salieran de Andrinópolis los extranjeros. A esta concesión oponen los turcos un reparo, y es el de que los extranjeros que salgan de la plaza no se instalen en Karagatch, en el interior de las líneas de los búlgaros, como éstos pretenden, sino que sean conducidos a Constantinopla o cuando menos permanezcan en territorio otomano. Para imponer esta condición, la Puerta se funda en consideraciones de carácter militar, es decir, en que puestos en contacto los extranjeros con los búlgaros, podrían facilitar a éstos noticias interesantes acerca de la situación en que se encuentra Andrinópolis; y preciso es reconocer que el punto de vista en que Turquía se coloca es perfectamente lógico y justo.

Para contrarrestar los efectos que hubieran podido producir las tendenciosas noticias propaladas por los turcos referentes a supuestas victorias de éstos, el cuartel general búlgaro ha publicado una nota resumen de la marcha de las operaciones desde que se reanudaron las hostilidades. De ella resulta: que el día 4 los turcos fueron derrotados en Gallípoli, teniendo que

retirarse detrás de sus posiciones de Bulair; que el día 8 seis divisiones turcas que atacaron las posiciones búlgaras situadas al Norte de Bulair fueron rechazadas, huyendo a la desbandada y dejando en el campo de batalla más de 6.000 muertos; y que los diversos desembarcos intentados por los turcos han fracasado completamente con grandes pérdidas por parte de éstos.

Termina la nota diciendo: «Después de estas victorias toda la costa septentrional del mar de Mármara, incluso los puertos y puntos habitados hasta Bulair, están enteramente en poder de los búlgaros. Las noticias relativas a supuestos desembarcos efectuados en Rodosto, Silivri, Myriofito y Midia, son absolutamente falsas; ningún desembarco se ha realizado en estos sitios. En cuanto a la retirada de las avanzadas búlgaras de Tchatalcha de sus primeras líneas, no es sino la realización de un plan anteriormente concebido. El sitio de Andrinópolis prosigue con éxito y las tropas búlgaras avanzan metódicamente hacia la línea de los fuertes y estrechan progresivamente al enemigo contra estas líneas.»

A los fracasos sufridos por los turcos hay que añadir la pérdida del crucero *Assar-i-Terzif*, que protegió una de las tentativas de desembarco y se fué a pique por haber chocado con una mina, y la de un transporte que tomó parte en otro desembarco y fué destruido por la artillería búlgara.

Por otra parte, corren noticias muy alarmantes acerca de la excitación extraordinaria que reina en las tropas turcas de Tchatalcha y de la animosidad que en ellas se nota contra el gobierno de los Jóvenes Turcos, al que no perdonan el infame asesinato de Nazim-baá.

más que los combates que en aquél puedan trabarse preocupan al mundo diplomático los resultados que puedan tener los conflictos búlgaro-rumano y austro-ruso.

Entre los gabinetes de Bucarest y de Sofía prosiguen las negociaciones para el arreglo del pleito territorial provocado por las inesperadas pretensiones de Rumania; pero no parece que por ahora se haya llegado a un acuerdo, siendo el punto capital de la diferencia entre ambos Estados la posesión de la ciu-



La princesa María de Grecia, hija del príncipe Rolando Bonaparte, y esposa del príncipe Jorge de Grecia, exgobernador de Creta, visitando a los heridos en los combates librados en los alrededores de Janina y que se encuentran en Philippiades.

dad de Silistria, que los rumanos reclaman y que los búlgaros se niegan a conceder. Las últimas noticias afirman que Rumania ha rechazado las contra-proposiciones de Bulgaria; no se cree, sin embargo, que surja la ruptura entre ambas naciones, pues para evitarla trabajan activamente las grandes potencias y aun se dice si están dispuestas a intervenir de una manera más activa en el caso de que sus consejos no fuesen atendidos.

En cuanto a la mayor o menor tirantez de relaciones entre Austria y Rusia, nada se sabe de una manera positiva en la actualidad, pues la clave de la solución del problema está en el resultado de la misión del príncipe Hohenlohe en San Petersburgo y en el texto de las cartas cruzadas entre el emperador Francisco José y el tsar Nicolás, texto que hasta ahora se ha mantenido secreto. Reinan, sin embargo, en los centros diplomáticos impresiones optimistas que permiten esperar que, por este lado, no han de surgir complicaciones que podrían convertir el conflicto hoy localizado en la península balcánica en una conflagración universal. - R.



Transporte de material y de refuerzos para el ejército griego desde Corfú a la costa del Epiro

Más que de lo que acontece en el teatro de la guerra está pendiente la atención de lo que se trata en las cancillerías; y

PARÍS. — TRANSMISIÓN DE LOS PODERES PRESIDENCIALES AL NUEVO PRESIDENTE SR. POINCARÉ



El cortejo oficial en la calle de Rivoli dirigiéndose a la Casa Consistorial
(De fotografía de M. Rol.)

El día 18 de este mes efectuóse con gran solemnidad la ceremonia de la transmisión al señor Poincaré de los poderes presidenciales ejercidos desde 1906 por el Sr. Fallières.

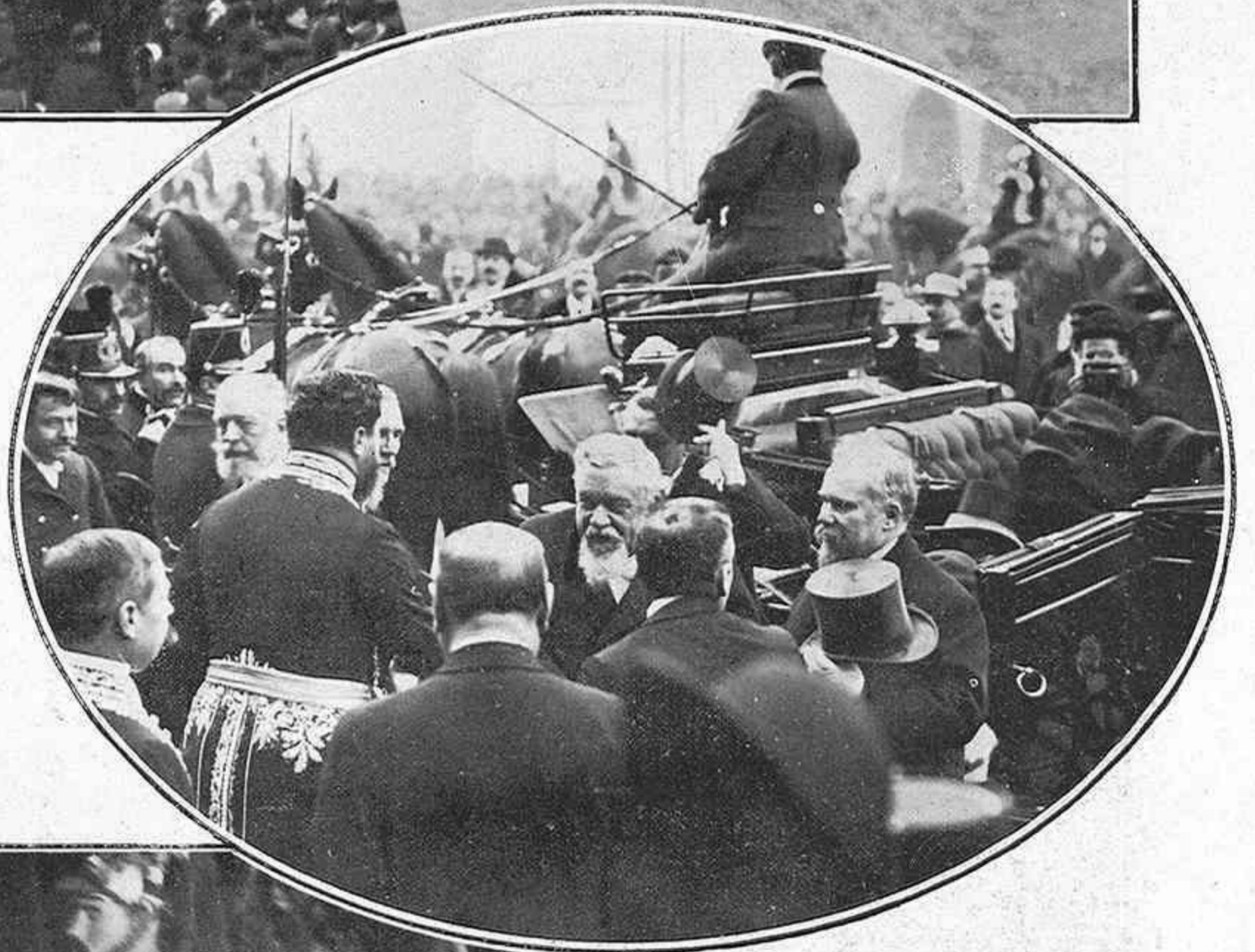
A las dos y media de la tarde, el nuevo presidente de la República salió de su domicilio particular y en gran landó de la presidencia, y llevando a su izquierda al presidente del Consejo de Ministros Sr. Briand, dirigióse al Elíseo escoltado por un escuadrón de coraceros.

El trayecto que recorrió el cortejo ofrecía un aspecto de animación extraordinaria; los balcones engalanados hallábanse atestados de gente, y una multitud inmensa invadía las calles prorrumpiendo en entusiastas aclamaciones al paso del Sr. Poincaré.

Entretanto, en el Elíseo, el presidente saliente Sr. Fallières instalábase con los personajes de su casa en el gran salón de Embajadores, en donde recibió a los presidentes y a las mesas de las Cámaras y a los ministros y subsecretarios de Estado.

En el patio del palacio estaba formado un batallón de infantería con bandera y música.

Poco después llegaba el Sr. Poincaré, siendo recibido a los acordes de la *Marsellesa*. Precedido del jefe del protocolo Sr. Mollard y de dos ujieres, el nuevo presidente encaminóse al salón de Embajadores, en donde el Sr. Fallières, después de estrecharle la mano, leyó un sentido discurso felicitando a su sucesor, al hombre eminentemente cuya vida ha sido por entero consagrada



El Sr. Delanney, prefecto del Sena, recibiendo a los Sres. Fallières y Poincaré a la puerta de la Casa Consistorial. (Fotografía de Rol.)



Salida de los presidentes de la Casa Consistorial. — En la parte inferior, de izquierda a derecha, los Sres. Delanney, prefecto del Sena, y Galli, presidente del Concejo Municipal; en la segunda fila, los Sres. Dubost, presidente del Senado; Fallières, Poincaré y Gay, síndico del Concejo Municipal; en la última fila, los Sres. Loubet, expresidente de la República; Briand, presidente del Consejo de Ministros, y Deschanel, presidente de la Cámara de Diputados. (De fotografía de Archives du Miroir.)

El Sr. Poincaré, visiblemente emocionado, contestó al Sr. Fallières agradeciendo su felicitación, ensalzando la labor realizada por él durante los siete años de su presidencia, labor que le serviría de ejemplo, prometiendo dedicar todas sus fuerzas al cumplimiento de la misión que le ha sido confiada y congratulándose de la presencia de los representantes del Parlamento, que consideraba como símbolo de la armonía que ha de asegurar el funcionamiento normal de la Constitución.

Terminados los discursos, los dos presidentes pasaron al despacho del Sr. Fallières, en donde se efectuó la entrega material de los poderes y en donde el Sr. Poincaré fué reconocido como gran maestro de la Legión de Honor por el gran canciller general Florentin, quien le hizo entrega del collar, de la placa, de la gran cruz y del gran cordón de la orden.

Poco después, los señores Poincaré, Fallières y Briand se dirigieron a la Casa Consistorial en donde se había dispuesto en honor del nuevo presidente una recepción a la que concurrieron, además del Concejo Municipal en pleno, representaciones de las Cámaras, las autoridades y muchas otras personalidades ilustres. El presidente del Concejo Sr. Galli y el prefecto del Sena Sr. Dalanney pronunciaron laudatorios discursos dedicados al Sr. Poincaré, quien contestó con sentidas frases de agradecimiento.

al culto de la República y que tantos y tan valiosos servicios ha prestado a su país, y agradeciendo a los representantes de las Cámaras su asistencia a la ceremonia.

El Sr. Poincaré, desde la Casa Consistorial, acompañó al Sr. Fallières a su domicilio particular y luego, acompañado del Sr. Briand, marchó al Elíseo. — S.

BARCELONA. SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN PÓSTUMA DE OBRAS DE JUAN BRULL



AÑORANZA. (De fotografía de F. Serra.)

BARCELONA. SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN PÓSTUMA DE OBRAS DE JUAN BRULL



DÚO. (De fotografía de F. Serra.)

LOS ESPONSALES DE LA PRINCESA VICTORIA LUISA DE ALEMANIA

El Monitor del Imperio alemán anunció, en edición especial del día 10 de este mes, los esponsales de la princesa Victoria Luisa, hija del emperador, con el príncipe Ernesto Augusto de Brunswick-Luneburgo, hijo del príncipe de Cumberland.

El matrimonio de estos dos príncipes es de gran importancia política, pues constituye la reconciliación definitiva de los Gütelfos con los Hohenzollern al cabo de cuarenta y siete años de enemistad.

El conflicto existente entre ambas casas tiene el siguiente origen:

En 1714, Jorge Luis de Hannover, uno de los electores del Imperio, fué llamado al trono de Inglaterra como el pariente protestante más cercano de la reina Ana. La dinastía Gütelfa reunió ambas coronas hasta 1832, en que aquéllas se separaron, pasando a ser rey de Hannover Ernesto Augusto, duque de Cumberland, y reina de Inglaterra la princesa Victoria, hija del duque de Kent.

El último monarca del Hannover independiente fué el hijo de Ernesto Augusto, que subió al trono en 1851, con el nombre de Jorge V. Cuando la guerra entre Prusia y Austria, en 1866, el Hannover tomó partido por esta última y Prusia invadió el reino, en

se fortalecerá más con otra boda, la del príncipe Adalberto, hijo tercero de Guillermo II, con la princesa Olga, hija del duque de Cumberland.

La princesa Victoria Luisa nació en 13 de septiembre de 1892 y el príncipe Ernesto Augusto en 17 de noviembre de 1897.



Esponsales de príncipes. - La princesa Victoria Luisa de Alemania y su prometido el príncipe Ernesto Augusto de Brunswick. (De fotografías.)

ROSA SARTO

El día 10 de este mes falleció en Roma Rosa Sarto, hermana mayor de S. S. el papa Pío X, dama de ejemplares virtudes, modesta, caritativa, buena con todo el mundo.

Cuando su hermano era patriarca de Venecia, vivía constantemente a su lado, esforzándose en hacerle más fácil y más agradable su ministerio, pero manteniéndose apartada de todo lo que afectaba a la vida pública del prelado. Y al ser elevado el cardenal Sarto al solio pontificio, fué a vivir a Roma, en una casa próxima al Vaticano, en compañía de su hermana María, que la ha asistido en sus últimos momentos.

La muerte de Rosa Sarto ha afectado profundamente al Soberano Pontífice, quien profesaba a su hermana especial cariño.

Dos días después efectuóse el entierro, que revistió gran sencillez. El féretro fué depositado por servidores del Vaticano en un modesto coche que lo condujo al cementerio seguido por algunos carruajes en los que iban varios prelados y dignatarios eclesiásticos.

UNA MEDALLA PARA EL CAPITÁN ROSTRON, DEL VAPOR «CARPATHIA»

El gobierno de los Estados Unidos tributará pronto un merecido homenaje al capitán Arturo Enrique Rostron, del vapor Carpathia, que con su indomable valor logró el salvamento de 704 pasajeros del Titanic, naufragado, como recordarán nuestros lectores, en la noche del 14 de abril de 1912.

Cuando el capitán Rostron se enteró por el aparato de telegrafía sin hilos de su buque de la desesperada situación del Titanic, decidió inmediatamente acudir en auxilio de los naufragos. La empresa era arriesgada, pues la ruta que tenía que recorrer estaba llena, en muchos lugares, de gigantescas montañas de hielo; pero despreciando aquellos peligros y no escuchando más que la voz de su deber, acudió a socorrer a los que demandaban auxilio y aun pudo llegar a tiempo de salvar a una parte del pasaje del Titanic, que se hundía rápidamente.

Para premiar tan heroica conducta, el Congreso de los Estados Unidos, en sesión de 28 de mayo de 1912, adoptó una resolución por virtud de la cual se daban las gracias al capitán y a los oficiales del Carpathia, en nombre del Congreso y del

De los seis diseños que se presentaron en concurso, fué aceptado el de Juan Flanagan, de Nueva York, que en esta página reproducimos. En el anverso hay, debajo de la fecha de la catástrofe, un bote desde el cual un hombre arroja un salvavidas a un naufrago; en el reverso se ve el retrato del capitán Rostron y una inscripción en inglés cuya traducción es: «A Arturo Enrique Rostron, por el salvamento heroico de los setecientos cuatro pasajeros del Titanic, en medio del Océano. La gratitud del Congreso. Julio 1912.»

TETUÁN

PUERTA DE SIDI-SAIDI

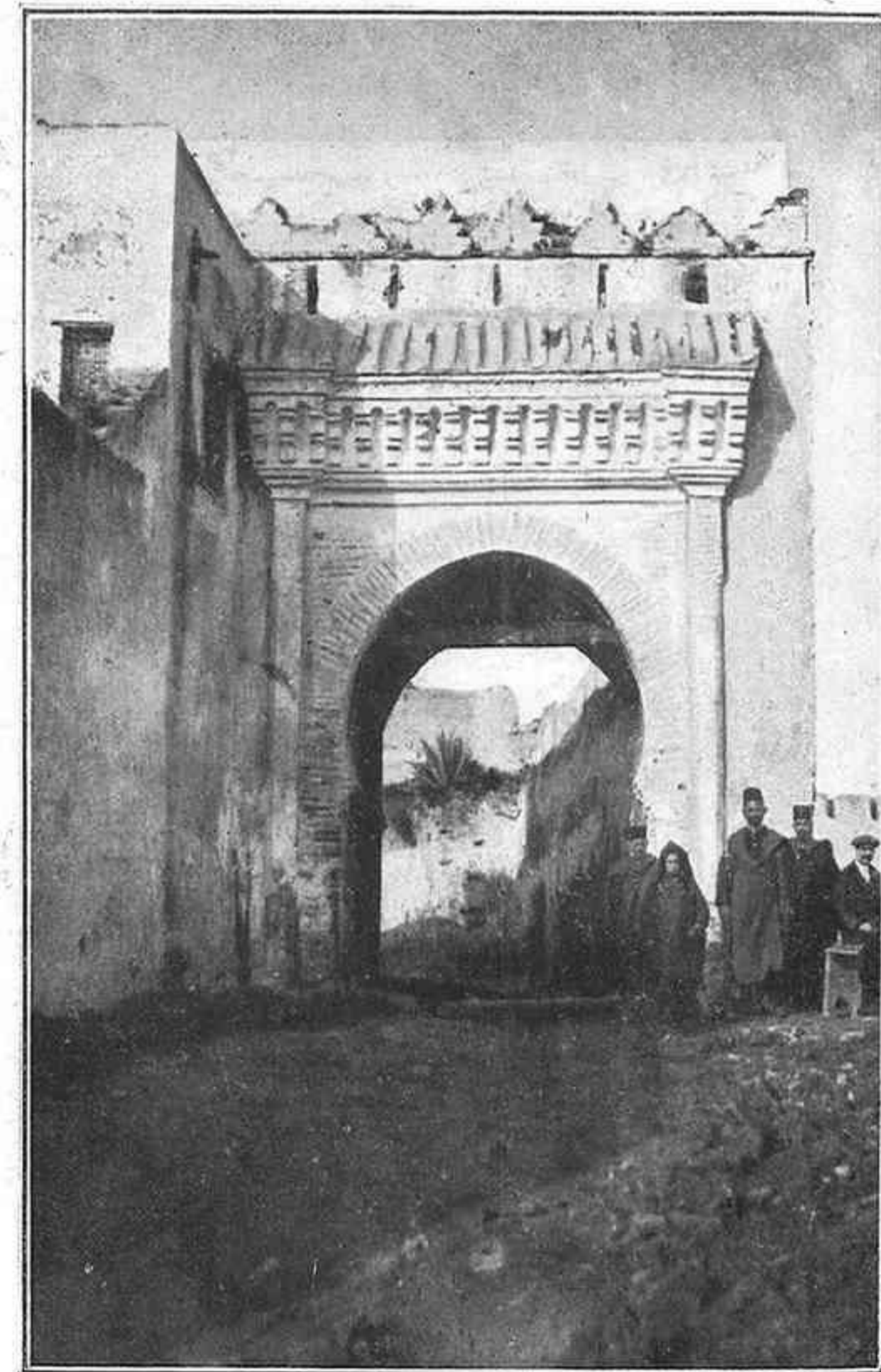
Esta puerta, que fué cerrada en 1860 después que por ella hubieron penetrado victoriosas las tropas españolas al mando de los generales Prim y Odonell, ha sido de nuevo abierta recientemente gracias a las gestiones de nuestro cónsul y con agrado del bajá y de todos los moros notables de aquella ciudad.

Los moros llaman a esta puerta «la puerta maldita» y creen que siempre que se abre ocurre un suceso extraordinario.

Esta vez la superstición de los moros se ha visto confirmada por la realidad. En efecto, ha acaecido un acontecimiento tan extra-

ordinario como la entrada de las tropas españolas en Tetuán y la ocupación pacífica de aquella capital por nuestro ejército.

Desde hace algunos días las fuerzas españolas, en sus paseos militares, llegaban hasta cerca de Tetuán, explorando de esta suerte el ánimo de los moros; y cuando el general Alfau vió que las fuerzas no eran hostilizadas, decidió emprender la operación decisiva. A este efecto, al amanecer del día 19, salió de



Tetuán. - Puerta de Sidi-Saidi, que fué cerrada en 1860 a causa de haber entrado por ella las tropas españolas mandadas por los generales Prim y Odonell y que hace poco ha sido nuevamente abierta merced a las gestiones del cónsul español y con agrado del bajá. (Fotografía de Rector.)

Ceuta con unos 2.500 hombres; al llegar a un monte poco distante de Tetuán, mandó hacer alto al grueso de sus fuerzas y poniéndose al frente de una parte de éstas avanzó hasta la ciudad. A tres kilómetros de ésta salieron a su encuentro el bajá, el cuerpo consular, los notables de la población y muchas moras; desde allí y en todo el trayecto el general Alfau fué saludado por sociedades, corporaciones y un público numerosísimo.

A las doce el general hizo su entrada en Tetuán dirigiéndose inmediatamente a la Alcazaba, en donde se instaló y recibió al cuerpo consular y a las autoridades, mientras los cañones hacían, por orden del bajá, una salva de 21 cañonazos como saludo a España.



Rosa Sarto, hermana de S. S. el papa Pío X, fallecida en Roma el 10 del actual. (De fotografía.)

14 de junio, ocupando tres días después la capital. Con ello terminaron la realeza güelfa y la independencia hannoveriana.

Al firmarse la paz de Praga y declarar Prusia que se anexionaba pura y simplemente el Hannover, Jorge V, que se hallaba expatriado en París, en donde falleció en 1878, formuló una protesta a la que permaneció fiel su hijo y heredero el actual duque de Cumberland, hasta el punto de haber rechazado los

pueblo norteamericano, y se autorizaba al presidente de los Estados Unidos para que entregara al capitán Rostron una medalla de oro conmemorativa, votando para la acuñación de ésta la cantidad de mil dólares.

consejos de la reina Victoria, que había querido mediar para obtener de él su reconciliación con los Hohenzollern. Esta reconciliación se ha logrado con los esponsales de los príncipes Ernesto Augusto y Victoria Luisa y aun se dice que



Boceto de la medalla que, acuñada en oro, se adjudicará al capitán Arturo Enrique Rostron, del vapor «Carpathia», por su heroico salvamento de 704 naufragos del «Titanic.» (Reproducción del Boletín de la Unión Panamericana.)

Advertisement for 'La Sal Natural de Sprudel de Carlsbad' with the text 'es la única legítima Sal de Carlsbad'.

LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

Se la habían dado para hacer resaltar, en caso necesario, que el Dr. Tsarka nada tenía que ver con el Instituto.

Nadie podía impedir a Beatriz Messonier que pidiese tan elevados honorarios como le viniese en gana. Cuando ricos pacientes acudían a ella sufriendo de un mal que parecía incurable, ella tenía libertad de pedir por su tratamiento eficaz cualquier precio.

En Inglaterra y América había opulentos enfermos que daban sumas inmensas a los especialistas que les procuraban un remedio para sus crónicas dolencias.

Aquella pandilla de especialistas neurálgicos japoneses se servían del radio, el elemento nuevamente descubierto, como del instrumento con que obtener sus nefandos fines.

Desconocíanse sus propiedades curativas, en parte, hasta que Beatriz Messonier había demostrado sus cualidades maravillosas aplicadas a ciertas formas de la cirugía oftálmica.

El Dr. Tsarka había encontrado a este joven ingenio de laboratorio... Ella le habría conocido en algún congreso médico...

Todas estas ideas revoloteaban en la mente de Gifford quien, en conclusión, quedó convencido de que, contando con la infalible pericia de Beatriz Messonier, el diminuto especialista había combinado sus maquiavélicos planes.

Una vez que Beatriz Messonier fuese conocida como especialista de ciertas formas de cirugía radioactiva, el llenar sus salas de consultas con clientes cuya única esperanza radicase en los infalibles métodos de la doctora, era cuestión fácil para un ingenio organizador y poco escrupuloso en los medios.

Cuando el Dr. Tsarka se había vanagloriado refiriendo a Rénwick el modo sencillo con que se había apoderado del radio Móritz, le había enseñado inconscientemente a pensar como un nipón.

La fundación de un gran *trust* médico era una de las cosas que no se les había ocurrido a los financieros ingleses y americanos.

A un hombrecillo diminuto, al Dr. Tsarka, le había sido reservado el idear un sistema mediante el cual los pacientes ricos pagasen honorarios monstruosos para escapar de la ceguera permanente u otras enfermedades que sus agentes podían súbitamente infligirles.

La salvajada del Estudio ilustraba los métodos de la organización Tsarka.

Cuatro opulentísimos mecenas habían sido atraídos con engaño a una sala de operaciones rápidas, preparada con gran esmero y disfrazada bajo el aspecto de un taller pictórico.

El Estudio, como el mismo Gifford lo había examinado, era un tejido de alambres de magnesio, tendidos diestramente, y de aisladores ingeniosos.

La partida escogida de los mecenas opulentos había mirado por el estereoscopio fatal, invitados por el pintor. El resultado de esta operación no era otro que procurar media docena de víctimas del radio en el mercado médico.

Porque, indudablemente, el primer deseo de los pacientes sería consultar a un especialista de habilidad infalible. ¿Qué especialista de estas condiciones existía en Londres?

Los peritos en el nuevo elemento se podían contar con los dedos de una mano. ¿Y aun entre estos

cinco, quiénes podían diagnosticar con exactitud la verdadera causa de la ceguera del príncipe Hohenhoff y de la duquesa de Márister?

Sir Floyd Garston había ya proclamado que la curación de Rénwick había dado a la Messonier el primer puesto en la ciencia terapéutica del radio.

Un instante después descendía del auto el príncipe Hohenhoff y ayudado por sus enlambreados choferes subió la amplia escalinata.

— ¡Un ave regia en el nido!, murmuró Gifford deteniéndose para ver al real visitante que subía a las salas de consulta.

Muchos de los periódicos de la mañana habían publicado detalles de la carrera artística del príncipe Hohenhoff como coleccionador de tesoros de arte y cuadros japoneses, y juntamente su retrato.

Gifford sintió simpatía por aquel joven personaje que tan claramente mostraba en su aspecto, al pasar ante él apoyado en sus choferes, los grandes sufrimientos que le torturaban.

El terror de la ceguera se le había ya grabado en la desesperada faz, dejando la huella de sus dedos en los labios contraídos y en la barbilla hundida.

Después de haber contemplado al regio paciente, Gifford se retiró al extremo de la calle, dejando para cuando saliera el príncipe el hablar a Beatriz Messonier.

En frente del Instituto se erguía un antiguo hospital de siete pisos, y en una de sus puertas decidió Rénwick esperar a que saliese el príncipe.

Sólo unos cuantos carruajes y autos pasaron en dirección de la calle de Bond, cuando de pronto Gifford observó una figura femenina que cruzando de la acera del hospital se dirigía presurosa al Instituto.

Iba con un tupido velo y muy cubierta con el abrigo de pieles propio para el viaje en auto; pero aunque con alguna dificultad, desde su puesto de observación, Gifford descubrió en ella la grácil y rostrovirgínea Pepio Tsarka.

Efectivamente, aun con su velo y abrigo no podía ocultar el tipo nipón. Avanzaba dudosa, temerosa y con vigilantes miradas, y, de pronto, por un pasadizo medio invisible, desapareció.

Conoció, pues, Gifford, que por aquel lado, el de Poniente, tenía el Instituto otra entrada y la siguió resuelto a punto que vio desaparecer el ruedo de pieles del abrigo por un pequeño patio en la parte posterior del edificio.

Silencioso como una pantera casi se puso a su lado mientras ella con una llave diminuta estaba abriendo una pequeña puerta pintada de gris y practicada en la muralla.

Volvióse dando un grito de temor y la llave casi se le escapó de la mano.

De su boca salió un vocablo japonés, que Gifford había oído a ella pronunciar cuando estuvo ciego y detenido en casa de su padre.

— ¿Qué hace usted aquí, Pepio Tsarka?, preguntó-le Gifford.

Ella alzóse el velo para mirarle y sus ojos asiáticos parecieron implorar misericordia.

— ¿Puedo saber, continuó él, por qué busca usted esta entrada para penetrar en el Instituto?

— Venía a consultar a la señora Beatriz Messonier.

Los suplicantes ojos no se encontraron ya con los de Rénwick.

Quitóse rápidamente el guante dejando a Gifford examinar su delicada mano.

— Esta mañana manoseaba yo un tubito de alguna substancia horriblemente radioactiva; rompióse el



Volvióse dando un grito de temor y la llave casi se le escapó de la mano

Toda una legión de periódicos médicos se habían apresurado a insertar y glosar las alabanzas de Sir Garston, de modo que el joven detective veía evidentemente que las primeras semillas de la conspiración Tsarka llevaban fruto seguro y abundante, y que él mismo había caído en el garlito y sido convertido en anuncio viviente del Instituto Messonier.

En aquellas profundas especulaciones de Gifford, brillaba una esperanza: tenía fe de que Beatriz Messonier era inocente de los estupendos designios tan sagazmente contruidos en torno de ella.

Su arte magnífico, su ciencia innegable prometían revolucionar la cirugía moderna, y el conocimiento de este hecho habría inducido al Dr. Tsarka a crear la existencia de aquellos casos extremos, que ante el genio esplendente de la doctora perdían su carácter terrorífico con la seguridad de una curación inmediata.

Gifford se dirigía pensativo hacia la calle Húntingdon, y en la entrada de ésta se detuvo para no ser atropellado por un auto que casi le pasó rozando al ir él a cambiar de acera.

Con admiración suya, el auto se detuvo ante la entrada del Instituto.

vidrio... y mire. Tengo los dedos que me arden y no me atreví a decirselo a mi padre.

Y la mirada suplicante de la joven buscó nuevamente la del detective, que observó unas manchitas peculiares en las yemas de los dedos de la bella japonesa.

— Pepio Tsarka, interrogó Rénwick sin alzar la vista. ¿Sabe usted que Soto Inouyiti ha querido matarme? ¿Que disparó anoche contra mí?

— Sí, lo he leído en los periódicos. ¡Qué infamia! ¡oh, qué infamia!

Las palabras de Pepio denotaban sincera indignación.

Gifford contempló el rostro de la bella japonesa, sus ojos hermosos y modestamente entornados, y pensó en el joven Inouyiti que le había hecho dos disparos, y en el fornido Horubu que había hendido con su auto blindado de acero la muchedumbre, mutilando a hombres y mujeres.

Le parecía monstruoso, increíble, que aquella joven angelical pudiera estar asociada con aquella jauría de tigres humanos.

Al solo pensamiento de esta complicidad la sangre se le helaba de espanto.

— ¡Pepio, dijo tristemente. Voy a hacer que prendan a usted!

Ella dió un pequeño grito, como el niño a quien se daña, y él no habló durante unos segundos emocionado ante las lágrimas de la joven.

— Lo siento mucho, Pepio; pero hemos de atajar las malas operaciones de su padre de usted.

— Oh, yo no sé nada, murmuró. ¿Ustedes, los ingleses, castigan a las jóvenes y a los niños por ser hijos de...

— Dígallo, ordenó Gifford.

— ... de criminales? prosiguió Pepio. ¿Me acusa usted a mí de los delitos de mi padre?

— No acuso a usted de nada, Pepio. Quiero prender a su padre de usted. Y mi deber es poner también presa a usted misma.

Al sujetar en su diestra la muñeca de la joven, con delicadeza pero con firmeza también, experimentó cierto sentimiento de pesar. Con todo, presa Pepio, era más fácil echar la zarpa al Dr. Tsarka.

El paso que daba era muy arriesgado, pero parecía necesario para el bien de todos, pues muchas vidas dependían de las futuras operaciones del doctor nipón.

— Sí grita usted, le dijo, pronto se reunirá un gran gentío.

Y con una sonrisa añadió:

— Fácilmente comprenderá usted lo peligroso que es que una hija del Dr. Tsarka transite por Londres sin protección alguna. Si los londinenses descubriesen la personalidad de usted, o conociesen en usted una mujer de la gente que los aplasta con autos blindados de acero, habría probablemente un linchamiento en la plaza de Trafalgar.

Gifford hablaba solamente para ganar tiempo: no estaba seguro de su acto inmediato.

Telefonar a McFee del *Scotland Yard* y hacer prender a Pepio como complicada en las tropelías del Estudio, sería injusto, casi criminal; porque presentía él que aquella dulce joven no tenía complicidad ninguna en los manejos de sus compatriotas.

Su deber era hacer guerra a aquellos hombres, no a las mujeres de sus familias.

Sin embargo, por otra parte, veía que el doctor Tsarka atacaba indistintamente a hombres y mujeres, y que el solo medio, tal vez, de contenerle era el prendimiento de su hija.

Ella caminó junto a él hasta la calle en que, frente a la puerta del Instituto, esperaba aún el auto del príncipe Hohenhoff.

Gifford se lo mostró intencionadamente.

— Otra de las víctimas de Inouyiti. Un caballero que jamás hizo mal a ningún japonés.

Pepio distinguió las armas grabadas sobre las esmaltadas portezuelas del auto y enrojó instantáneamente.

— Sufro mucho, Mr. Rénwick; fué cuanto pudo proferir.

Gifford tomó otra vez delicadamente su mano y volvió a examinar las manchas de sus dedos.

— ¿Le deja a usted su padre entrar en su laboratorio?, preguntó, fijos los ojos en las pequeñas manchas argéneas de las yemas de sus dedos.

— A veces, cuando no está en él Horubu, respondió Pepio sin temor. Hoy entré mientras él examinaba el modelo de un dedo de caucho.

— ¡Oh!

Gifford soltó la mano de Pepio y tras esta espontánea exclamación, añadió:

— ¿Y para qué quiere su padre de usted un dedo de caucho?

— El original pertenecía a Inouyiti que en él lle-

vaba guardado radio; pero lo perdió y mi padre le está haciendo otro.

Gifford sintió su corazón aliviado al observar la inocente franqueza de la joven.

— ¿De modo que su padre la deja entrar en el laboratorio y manosear las cosas, sabiendo el peligro que hay en esto?

— No; yo entré para ver el modelo del dedo cuando él estaba en la biblioteca. Cogí un tubito en que había radio, se me rompió y neciamente me puse a recoger los pedacitos.

Gifford estaba convencido de la verdad referida por Pepio, pero se maravillaba de que el Dr. Tsarka le permitiese andar tan libremente por Londres.

Un criminal más astuto la habría tenido encerrada en vez de dejarla arriesgarse tan insulsamente a caer en manos de la policía.

La joven japonesa pareció adivinar algo de sus pensamientos y le miró con trémula expectación.

— Nadie me impide entrar o salir. Mi padre cree que sólo un detective me conoce: usted.

— ¿Y cree que soy tan caballero que no voy a prenderla?

— No y sí. Se imagina que mi vista es más aguda que la de usted, respondió con un suspiro. Y ayer mismo decía él a Horubu que usted es un *saimusir*.

— ¿Qué es un *saimusir*?, interrogó Gifford sonrojándose.

— Es el sinónimo *Bushido* (1) de caballero andante, hombre de ideales y de noble cuna.

— ¿Y porque me considera su padre de usted, Pepio, como un *saimusir*, piensa que puede usted pasar impunemente ante mis ojos?

Gifford estaba próximo a un acceso de ira, más de lo que hubiese querido mostrar.

Ser considerado como caballero andante por el jefe de una cuadrilla de redomados criminales, no era muy halagador para su orgullo.

Pero había ya pasado el tiempo en que los detectives jóvenes dejasen en libertad a las hijas de los terroristas de la sociedad.

A unos doce pasos de la puerta de entrada del Instituto, se detuvo, teniendo aún sujeta por el brazo a Pepio.

Un criado de librea, el mismo que había pasado su tarjeta a Beatriz Messonier, salió pausadamente y habló algunas palabras con el chofer del príncipe.

Diez segundos después el rojo auto salía veloz calle abajo en dirección de Piccadilly.

El criado subió nuevamente la escalinata del Instituto.

— El príncipe se queda aquí. Ahora, Pepio, lo mejor es que consulte usted con Beatriz sobre esas quemaduras raras. ¡Por supuesto, que entraremos juntos!

Gifford la condujo gentilmente hacia el pórtico de blancas columnas.

Sus labios estaban nerviosamente contraídos. Pepio le miró con admiración inocente y dijo:

— La señora Messonier considerará esto muy insólito.

— Le quiero, en presencia de usted, hacer una pregunta, Pepio. ¿Es ella una empleada de su padre de usted? ¿He acertado?

Estaban en los amplios escalones de la entrada y la imagen del Nazareno parecía abrazarlos en su mirada desde su elevada hornacina.

El joven detective, movido por algún instinto latente, se descubrió ante la estatua de Cristo.

En su brazo sintió Gifford la presión de los dedos de la joven, como si ésta estuviese amedrentada.

— Si Beatriz Messonier es empleada de su padre de usted, no responderá a mi pregunta.

Gifford había pronunciado esta frase en voz muy baja, como olvidado de la presencia de Pepio.

El criado salió con cierta curiosa sonrisa y tomó la tarjeta de Gifford.

— La señora Messonier está muy ocupada, mister Rénwick. ¿Tendría usted la bondad de venir de nuevo esta tarde?

— La señora Messonier ha de ver a mi amiga a quien acompaño, replicó Gifford.

Y con fría sequedad añadió:

— A Miss Tsarka.

El criado vaciló un momento y barbotó algunas excusas. El ir arriba y abajo de las escaleras le había puesto de mal talante.

— La señora está ocupada, insistió. Ha de esperar su tarjeta de usted.

— Esperará hasta que la señora acabe de operar al príncipe Hohenhoff, pero ni un momento más.

Gifford hablaba sin acaloramiento, mientras que hacía pasar a Pepio hasta la sala de espera adornada de esmaltados y blancos paineles.

(1) El *Bushido* es el código moral no escrito del antiguo caballero japonés o *samurái*. — *N. del T.*

Una mirada a su reloj indicó que se aproximaba la hora de su cita con la señora Cranstone.

Ésta vendría al Instituto con su hija; Gifford estaba seguro de esto, y a su recuerdo sintió ardientes deseos de derrocar al misterioso poder que gobernaba el Instituto, un poder que amenazaba sacar hasta la última moneda de los bolsillos de sus temblorosas víctimas.

Le parecieron siglos los minutos durante aquella espera.

La voz del príncipe Hohenhoff llegaba hasta él débilmente, y Gifford puso en tensión su oído para escuchar la respuesta de Beatriz.

En aquel momento el auto del príncipe aparecía ante la puerta del Instituto, como si al chofer le hubiesen anunciado que su dueño quería salir al punto.

Apoyado en el brazo de su lacayo el príncipe Hohenhoff atravesó el salón, bajó la escalinata y subió a su auto.

Gifford, llevando de la mano a Pepio, se levantó y penetró con ella en la lujosa sala de operaciones de la que acababa de salir el regio enfermo.

Beatriz estaba entre la silla de operaciones y la puerta.

En su rostro se veía cierta depresión y en toda su persona se reflejaba un esfuerzo supremo, como de una persona que hubiese puesto recientemente en tensión todas las fuerzas de su alma en el crisol de la ciencia.

Gifford sólo la hubiese conocido por la rara gentileza que le era propia, tanto en los ademanes como en la postura de su persona.

Miró primero a Pepio y luego sus ojos se clavaron en los impávidos del detective.

— ¿A qué debo el honor de su visita, Mr. Rénwick?, preguntó simplemente. Los que han estado ciegos raras veces vuelven a mi pequeño teatro.

Innegablemente, en las palabras de la especialista se traslucía una pena oculta, y Gifford se acordó del día en que él había caído en aquella silla de operaciones sintiendo que los geniecillos del radio, desgarrándole con sus maléficos dedos el cerebro, amenazaban arrebatarle la luz de la razón como le habían arrebataado la de los ojos.

Con todo, tampoco pudo dominar los impulsos poderosos de su profesión, que le habían llevado nuevamente ante la mágica doctora.

— Señora Messonier, empezó Gifford con alguna dificultad. ¿Puedo hacer a usted una pregunta respecto a la administración general de este Instituto?

Gifford esperaba que su pregunta evocaría algún signo de perturbación interior, alguna sombra de duda o disgusto; pero la respuesta fué rápida y directa.

— Este Instituto lo organizó un antiguo compañero mío de universidad. Al presente está bajo mi absoluta dirección.

— ¿Por completo, señora Messonier?..

Ella sonrojóse ligeramente.

— Hablo en el sentido de las operaciones quirúrgicas y asistencia médica. Con su parte administrativa o financiera tengo poco que ver o, mejor dicho, nada.

— ¿Puedo saber el nombre de ese antiguo compañero de universidad que [ha mencionado usted hace un momento?

— El Dr. Teroni Tsarka. No hay en esto secreto alguno, añadió inocentemente.

Gifford sintió que Pepio se estremecía secretamente. Pero sin mirarla preguntó:

— ¿Está usted enterada, señora Messonier, del reciente atropello del que han sido víctimas varios aficionados y opulentos mecenas, y realizado por un pintor llamado Soto Inouyiti?

— El príncipe Hohenhoff me lo ha explicado hace sólo unos minutos, respondió Beatriz pensativa. Me ha dicho que ha habido cinco o seis víctimas.

Gifford reflexionó unos instantes, y, después, con voz un poco más baja, interrogó:

— ¿Sabe usted que Soto Inouyiti, ese joven pintor japonés, autor de semejante tropelía, es un *protégé* del Dr. Tsarka?

Los ojos de Beatriz relumbraron con fuego insólito, pero al punto demostraron una frialdad algo extraña.

— Pienso, Mr. Rénwick, que se engaña usted. En cuanto usted acaba de decirme no puede haber ni asomo de verdad.

Gifford sintió en su brazo la presión de los dedos de Pepio y mirándola compasivamente le preguntó con delicadeza:

— ¿Verdad que me hará usted el favor de atestiguar a la señora Messonier que digo verdad? ¿Le dirá usted que Soto es amigo de su padre y que anoche mismo pretendió también asesinarme?

Pepio inclinó la cabeza y dejó escapar un sollozo doloroso.

Beatriz Messonier se adelantó y, sacudiendo por el hombro a la despavorida joven, exclamó:

— ¡Hable usted, hija! ¿Se atropelló a esa gente en el Estudio de Inouyiti con conocimiento de su padre de usted?

— Soto es amigo de mi padre, admitió Pepio. Pero no le juzgue usted precipitadamente. Es sólo un muchacho. Fué culpa de Horubu y...

Se detuvo como si la horripilase lo que iba a pronunciar, y añadió:

— ... de mi padre también.

Del rostro de Beatriz desapareció subitáneamente el color de la vida.

Acometióla un gran desaliento, un profundo asco al descubrir la maldad y engaño de su protector.

¡Entonces, aquélla era la fama que él le había prometido! ¡El sanar a un grupo de personajes notables incurables, cuyos accidentes eran resultado de sus planes maquiavélicos!

Gifford estaba poco dispuesto a decir a la mujer que le había salvado de la ceguera, que ella era cómplice en una infamia sin precedente.

La urgencia de su misión le hizo preguntar en seco:

— ¿Los honorarios que exige el Instituto los marca usted misma?

— No, respondió fríamente.

Y deteniéndose un poco, como para recobrar su turbada serenidad, continuó:

— Ayer leí la tropelía del Estudio en Piccadilly y me incliné a juzgarla obra de un complot anarquista; aunque por su científica disposición me hizo pensar en...

— ¡El Dr. Tsarka!, sugirió Gifford.

— ¡Sí, en el Dr. Tsarka!

Beatriz se acercó lentamente a la ventana que daba a la calle y el joven detective vió que por las mejillas de la doctora corrían dos gruesas lágrimas.

— Ahora que estamos de acuerdo, prosiguió Gifford tranquilamente, quiero pedir a usted un favor para Miss Violeta Cranstone. ¿Sabe usted que esta señorita fué la quinta víctima del atropello en el Estudio.

— Ha venido esta mañana muy temprano.

Beatriz hablaba de cara a la ventana y el esfuerzo que hacía para hablar la hacía estremecerse.

— Ha venido esta mañana, repitió, y me he visto obligada a pedirle determinado precio. Comprenderá usted, Mr. Rénwick, que me apena en el alma tener que negar a alguien mi asistencia.

Gifford se inclinó ligeramente.

— A las doce y treinta, dijo, vendrá Miss Cranstone. ¿Me promete usted, señora Messonier, que le aplicará el mismo tratamiento que a mí?

Y atónito oyó la inesperada respuesta:

— No se lo puedo prometer hasta que no lo consulte con mi patrón.

— ¿Con el Dr. Tsarka?

— No mentar nombres, Mr. Rénwick. Usted es un detective y ha proferido usted contra el doctor Tsarka acusaciones que también me alcanzan. Él era amigo mío y compañero de universidad en Tokio. ¡No puedo creer que sea verdad lo que usted dice! ¡Por fuerza ha ocurrido algún error terrible!

Sus ojos buscaron por un instante los de Pepio, pero ésta se había cubierto el rostro con las manos como para defenderse de sus miradas.

Gifford comprendió lo acerbo de la emoción de Beatriz, y no se sentía dispuesto a imponerle su voluntad en tales circunstancias.

Pero estaba empeñado en que Violeta Cranstone fuese curada en el Instituto Messonier.

No podía permitir que aquella joven desvalida fuese la única víctima sin remedio de las tétricas combinaciones del Dr. Tsarka.

Buscó, pues, nuevamente con su mirada los apenados ojos de la joven doctora y le hizo anhelante la última súplica.

— He prometido a la señora Cranstone que usted curará a su hija. Comprenderá usted, señora Messonier, que la desdichada joven penetró en el Estudio sin ser invitada. Es demasiado pobre para allegar los

enormes honorarios de esta institución. Siendo usted cristiana no le dejará que ciegue sin remedio. ¡Tiene usted poder para sanar y ciencia, añadió vehementemente, y no obstante condena a una pobre artista a una suerte peor que la muerte porque..!

La súbita llamarada que apareció en los ojos de Beatriz suspendió la frase y, como dándose cuenta de la injusticia de sus palabras, Gifford añadió vivamente.

— Perdone, señora Messonier; no soy abogado ducho. Las circunstancias concomitantes de esa salvajada del Estudio son tales que crisan los nervios y violentan el sentimiento.

Beatriz Messonier se volvió y Gifford no pudo

Pepio exhaló un gemido y se volvió para cruzar el arrollo, y después volvió la cabeza.

Gifford entendió su preocupación, y le dijo en voz alta:

— Le doy palabra de no entrar en Teléfonos mientras esté usted ahí.

Rápidamente, pues, y sin volver más la cabeza para mirar al detective Pepio entró en la sucursal telefónica.

XIV

Una rata blanca cruzó la mesa del estudio y se posó mansamente en la extendida mano del doctor Teroni Tsarka.

El profundo tictac de un reloj de bronce colocado sobre la estantería de roble parecía acrecentar el terrible silencio de la casa.

El diminuto doctor acarició cariñosamente la suave cabecita del roedor mientras éste introducía su humeante hociquillo entre la manga, mirando los áureos gemelos que abrochaban los puños de la camisa de su amo.

Satuma, el criado, entró en el estudio casi sin ruido alguno y puso sobre la mesa una pequeña ampolla de vino.

Permaneció en el umbral unos momentos, como esperando alguna orden de la inclinada figura de la silla.

La ratita blanca, cansada de su posición en la extendida mano, metióse en el interior de la manga y se quedó casi dormida.

El Dr. Tsarka levantó despacio la vista y al ver el vino sobre la mesa pareció darse cuenta de la presencia de su criado.

— ¿No ha vuelto aún Pepio San? ¿La viste salir esta mañana, Satuma?

— El cielo de mi vida ha sido siempre vigilar sus entradas y salidas, respondió el criado. Marchó antes de que el señor saliese esta mañana de la biblioteca.

— ¡Bah! ¿Cómo es posible que tenga yo tranquilidad para

leer cuando Horubu puede caer en manos de la policía y ese necio y loco de Inouyiti estará desembutándolo todo a los detectives ingleses en algún calabozo suburbano?

El criado inclinó su cabeza en señal de pesaroso asentimiento, pero no respondió.

El Dr. Tsarka removió blandamente de su manga al dormido roedor, mientras que su pensamiento estaba con su hija.

— Satuma, dijo sin levantar la vista; estando yo ausente no has de permitir a Pepio entrar en el laboratorio.

El criado tembló silenciosamente.

— Esta mañana, continuó el Dr. Tsarka, mi hija rompió un tubito de vidrio, que contenía algunos miligramos de radio.

— Yo tengo la culpa, confesó humildemente el criado. Con todo, no puedo vigilarla siempre. Sus pies son como los de una araña. No hace el menor ruido al caminar por casa.

— En eso no se parece a la mayor parte de sus compatriotas, murmuró Tsarka. Todavía, ha quebrado el tubito... Que no pase más, Satuma, o vuelves con tus compinches *zampamorisquetas* de Tokio. ¡*Atishán!*

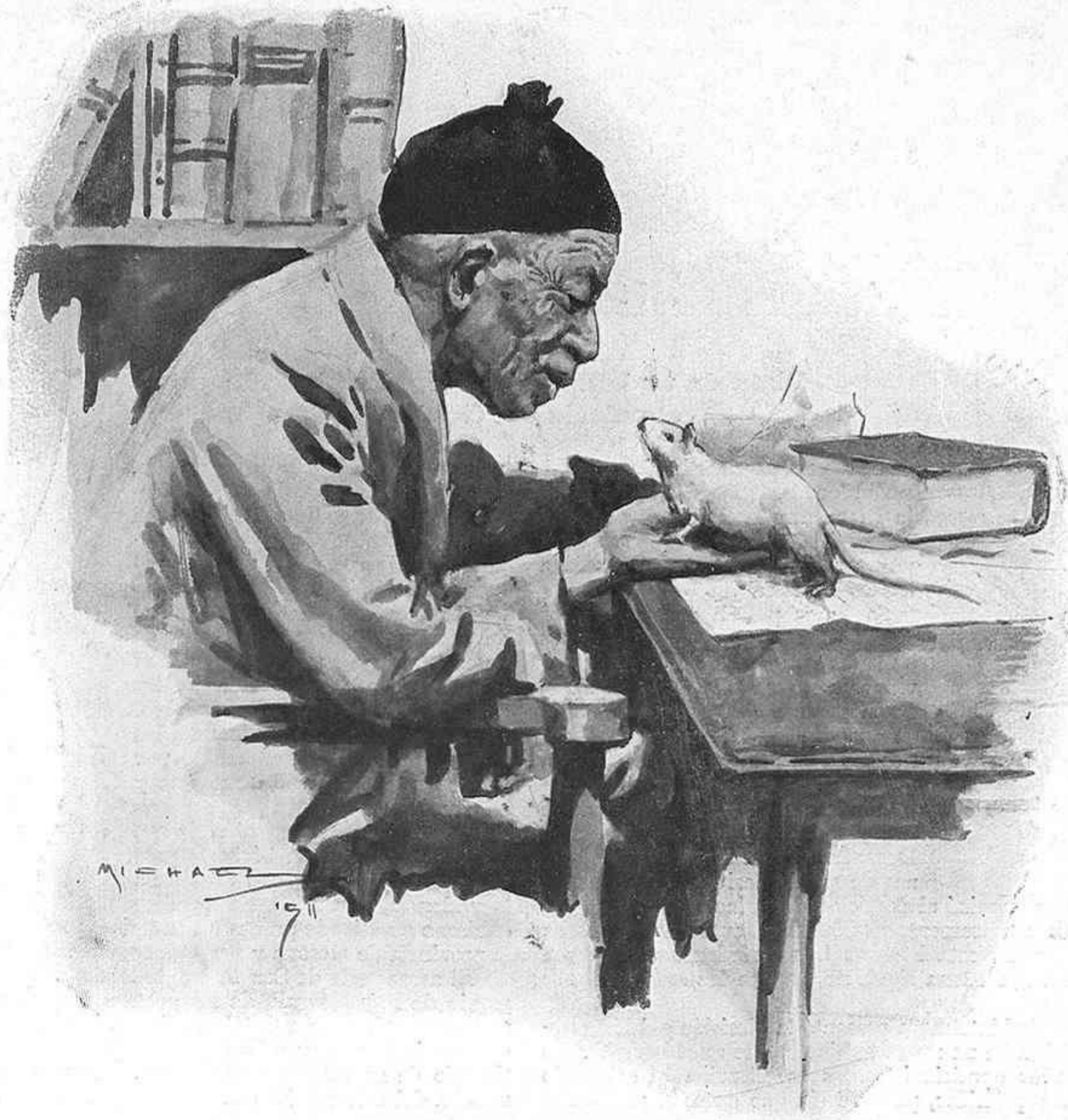
El criado desapareció silenciosamente dejando al diminuto doctor, caviloso ante un pequeño volumen con encuadernación marroquí.

Pero Tsarka no tenía su atención en las páginas impresas abiertas ante sus ojos; pensaba en la voluntariosa hija, de cuyos movimientos y pasos había ya perdido el dominio.

Y, sin embargo, todas sus energías se habían encaminado a crear una fortuna para aquella hija adorada.

Pepio era el último vástago de su familia; era la única cosa que en la tierra ocupaba el afecto de su corazón, porque veía en ella algo de su propio espíritu.

(Se continuará.)



Una rata blanca se posó mansamente en la mano del doctor

ver qué resultado habían producido sus palabras. No se atrevió a insistir más; porque presintió que toda coerción redundaría en contra de Violeta Cranstone.

Era ya evidente que de algún modo los actos de Beatriz dependían del consejo del diminuto doctor; puesto que ella parecía incapaz de decidirse sin tener la aprobación de éste.

Haciendo una ligera inclinación de cabeza, Gifford salió del Instituto llevando del brazo a la señorita Tsarka.

En la calle detúvose un instante para consultar su reloj. Eran casi las once y media.

La señora Cranstone llegaría a las doce y media, aunque sólo, probablemente, para experimentar una nueva denegación.

En la esquina opuesta de la calle de Húntingdon había una sucursal de Teléfonos, y volviéndose hacia Pepio se la indicó Gifford brevemente.

— Antes de prender a usted, díjole muy despacio, quiero ver si su padre de usted accede a lo que le pido.

— ¿Es que pretende usted que le tienda yo misma el lazo?

Gifford sonrió animándola.

— Ni lo he pensado tan siquiera, Pepio. Lo que deseo es que le pida usted la vida, sí, la vida, esta es la palabra, de una joven inocente. ¿Pedirá usted a su padre que haga una buena obra? El puede en este caso influir para bien en la señora Messonier. ¿Le rogará usted que la ordene operar hoy mismo a Miss Cranstone?

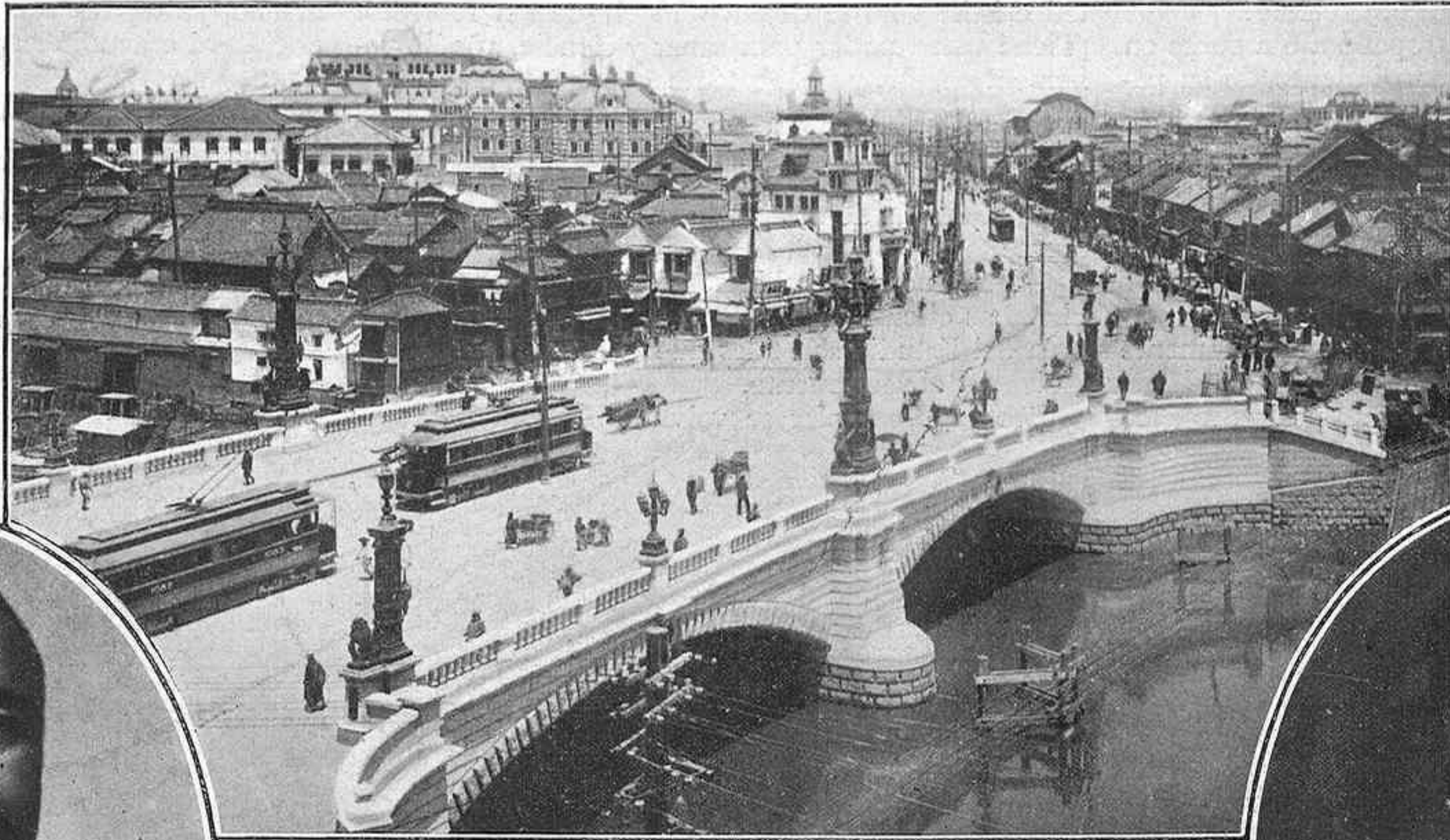
Al soltar el brazo de la joven japonesa, Gifford percibió que Pepio temblaba de emoción.

— Si su padre de usted y su gente intentan hacer una guerra de *chantage* médico contra los ricos de Inglaterra y América, estoy seguro, por lo menos, que respetarán a los niños y a las viudas y a los pobres que se ganan el pan trabajando.

LA CRISIS JAPONESA

En Tokio se han producido recientemente graves desórdenes con motivo de la suspensión de las sesiones de la Cámara decretada por el Emperador el día 10 de este mes.

Habiendo presentado el marqués de Saionji una moción contra el gobierno, el Emperador le ordenó que la retirase. El marqués comunicó esta orden imperial a su partido y una fracción de éste se opuso a su cumplimiento y amenazó, en caso contrario, con una escisión.



Vista de un barrio de Tokio. En el fondo el palacio del Gobierno

El día 10 la muchedumbre se agolpó en los alrededores del palacio de la Dieta, arrollando el cordón que formaba la policía, y silbó a los diputados ministeriales y aplaudió a los opositores.

Al fin la policía pudo dispersar aquella masa de gente, hiriendo más o menos gravemente a quince individuos; pero cuando se hubo leído en la Cámara el rescripto imperial de suspensión de las sesiones por tres días, la muchedumbre volvió a agruparse delante del palacio, produciéndose nuevas colisiones entre ella y la policía y los gendarmes. Después la plebe atacó las redacciones de varios periódicos, saqueó algunas oficinas de policía y varios tranvías y se encaminó al domicilio del príncipe Katsura, primer ministro; pero cerráronle el paso fuertes destacamentos, trabándose entonces una lucha encarnizada de la que resultaron seis muertos y sesenta heridos. Los desórdenes continuaron durante toda aquella noche y no cesaron hasta la mañana siguiente, en que los amotinados se dispersaron.

El príncipe Katsura, presidente del Consejo de Ministros del Japón que ha dimitido a consecuencia de los desórdenes ocurridos en Tokio.

A consecuencia de estos sucesos, el ministro Katsura presentó la dimisión y el Emperador encargó al almirante Yamamoto la formación de un nuevo gabinete, que quedó constituido el mismo día y que tampoco ha satisfecho a los opositores. Su constitución ha originado nuevos desórdenes que han sido severamente reprimidos, pero no sin que antes el populacho

nuestra patria. Según dicha noticia, el histórico monasterio de San Pedro de Roda, valiosísima joya del arte románico, víctima ya de las injurias del tiempo y aun de los hombres, está siendo actualmente objeto de una nueva devastación por parte de unas gentes que, a pretexto de buscar un supuesto tesoro, al decir de una leyenda, escondido en los subterráneos del venerable cenobio, no vacilan en volar con dinamita los preciosos restos del monumento por tantos conceptos digno de respeto y admiración universales.

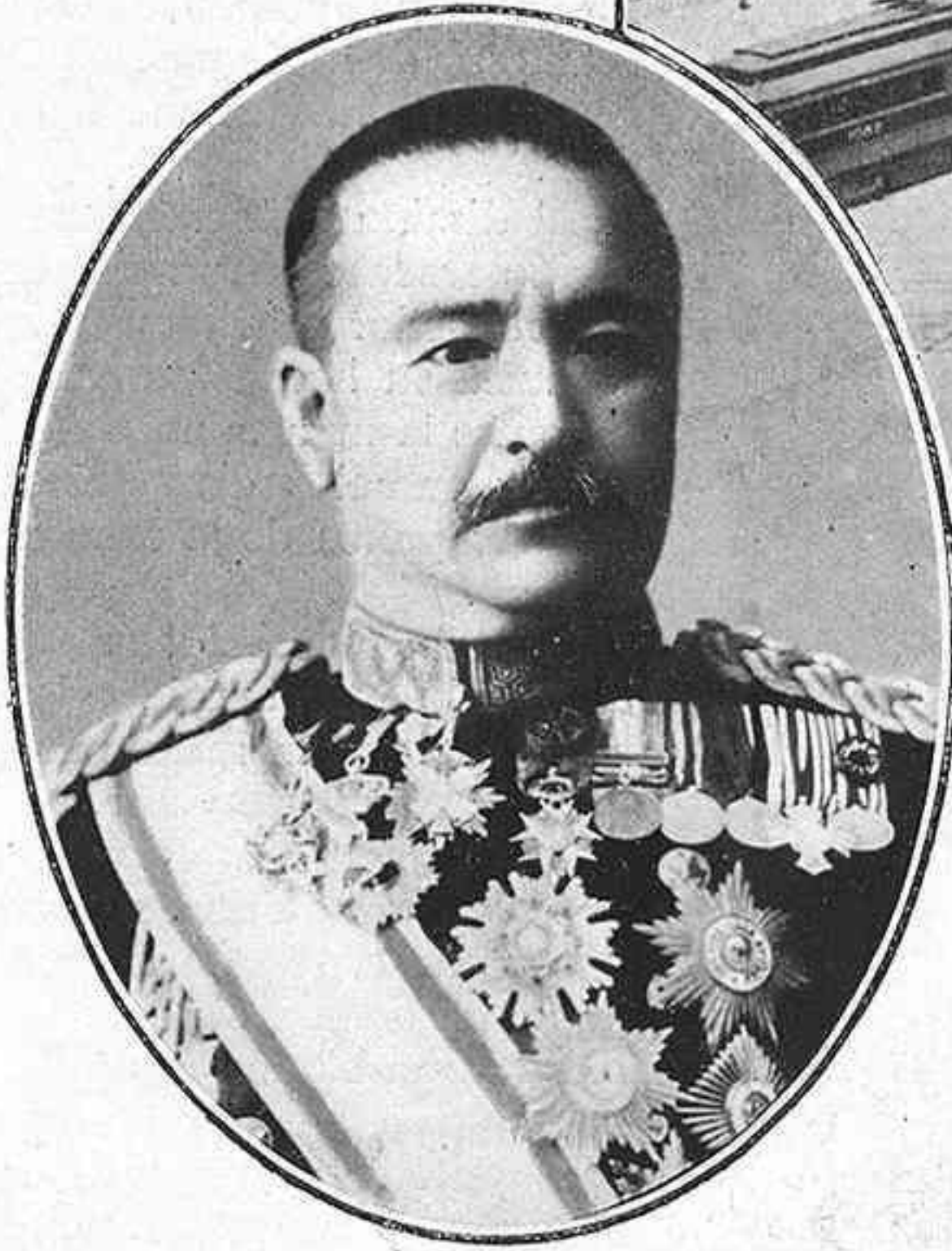
Cuesta creer que en el siglo XX puedan cometerse tan bárbaras profanaciones; pero hay que rendirse a la evidencia, y la evidencia nos dice que la destrucción no tardará en quedar consumada si el gobierno no atiende pronto las enérgicas protestas formuladas por la Junta de Monumentos de la provincia de Gerona y por otras distinguidas personalidades.

El monasterio de San Pedro de Roda, situado en la provincia de Gerona, data, según testimonio de Pi y Margall, de los primeros siglos de la Iglesia, y es fama que estuvo en el Carlomagno cuando vino a Cataluña. Los más poderosos señores de Cataluña, Aragón y Francia lo enriquecieron con grandes dotaciones y los restos que de él nos quedan todavía son patente testimonio de su antiguo esplendor y de su riqueza arquitectónica, y en ellos puede estudiarse la marcha del arte cristiano durante la Edad Media.

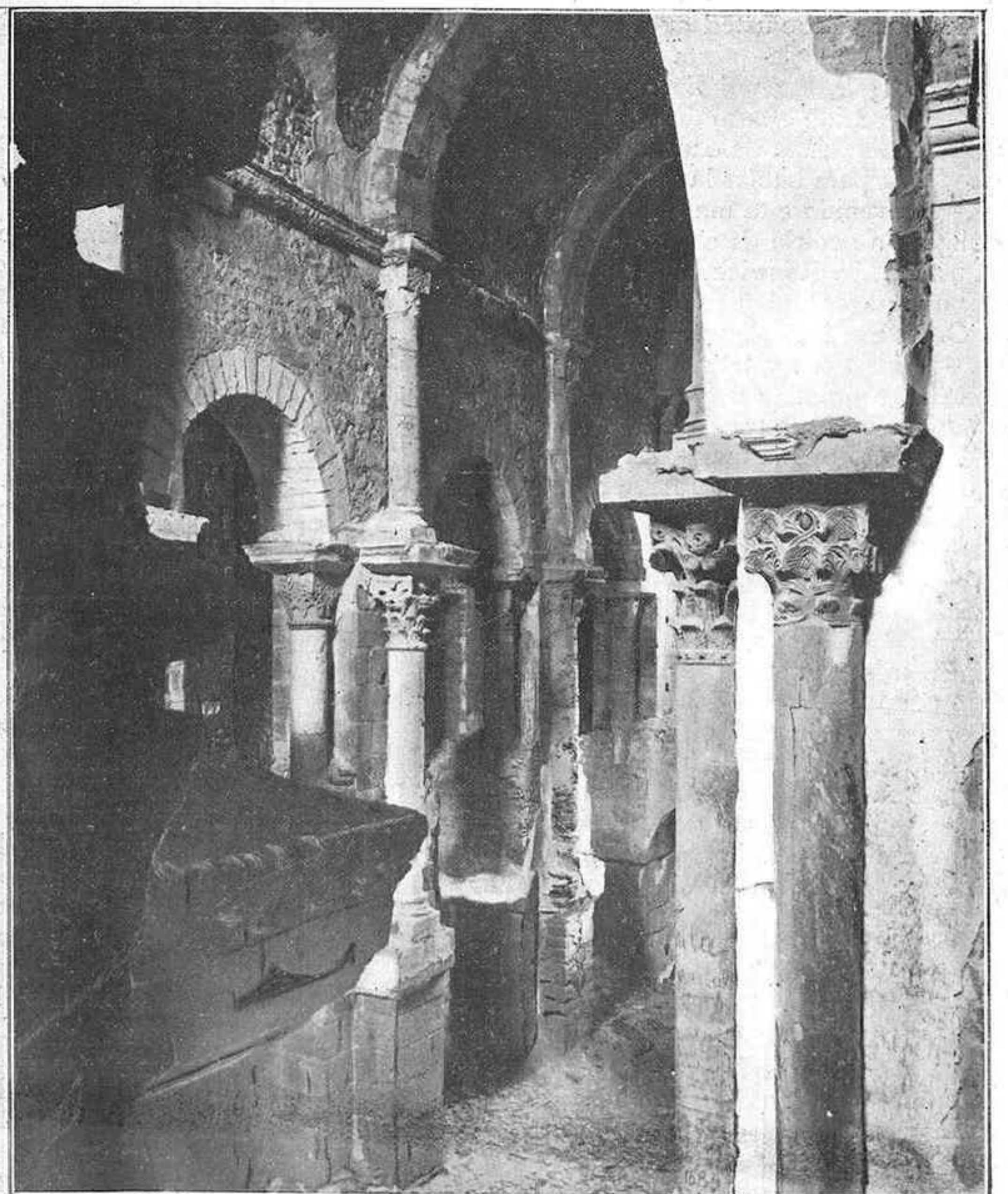
atacara las redacciones de los diarios ministeriales, destruyendo el material e intentando incendiar los edificios y los domicilios de los miembros ministeriales de la Dieta.

EL MONASTERIO DE SAN PEDRO DE RODA (GERONA).

Varios diarios de esta capital y de Madrid han publicado una noticia que ha causado profundo sentimiento, de dolor y de ira al mismo tiempo, en todos los amantes del arte y de la tradición de



El almirante Yamamoto, nuevo presidente del Consejo de Ministros del Japón. (De fotografías de Chusseau-Flaviens.)



El monasterio de San Pedro de Roda (provincia de Gerona) amenazado de próxima destrucción. Vista del monasterio tomada desde el camino de Vilajuiga. - Vista interior tomada desde el crucero. (Fots. de L. M. V., comunicadas por D. J. González.)



«Boy-scouts» femeninos en Alemania. - Grupo de muchachas «boy-scouts» en una excursión. (De fotografía de Carlos Trampus.)

«BOY-SCOUTS» FEMENINOS EN ALEMANIA

En Alemania se han constituido varias sociedades de *boy-scouts* femeninos que cada día adquieren mayor desarrollo y que tienden rápidamente a generalizarse en todos los territorios del Imperio.

Forman parte de estas sociedades muchachas de catorce a diez y seis años que se dedican principalmente a excursiones por campos y montañas durante las cuales se entregan a juegos deportivos, a ejercicios al aire libre y también a instruirse en el papel de enfermeras a ejemplo de las damas de la Cruz Roja.

Estos ejercicios, eminentemente útiles y beneficiosos, explican el éxito alcanzado por los *boy-scouts* femeninos en Alemania.

El grabado adjunto representa un grupo de muchachas *boy-scouts* efectuando una excursión y marchando al través de la nieve al son de varios instrumentos musicales.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

CRÍTICA LITERARIA, por *Juan Valera*. - Este volumen, que es el XXXII de las Obras completas del eximio escritor, contiene el notabilísimo trabajo «La poesía lírica y épica de la España del siglo XIX», con interesantes notas biográficas y críticas de los principales poetas pertenecientes a dicho período. Tratándose de un autor y de un trabajo cuya fama y cuyas excelencias han sido universalmente consagradas, no hemos de hacer el elogio de este libro, que forma un tomo de 344 páginas, impreso en Madrid, en la Imprenta Alemana, y se vende a tres pesetas.

NOVELAS EJEMPLARES de *Cervantes*. - Forma parte este libro de la «Colección Española Nelson» que edita en Edimburgo la casa Thomas Nelson & Sons, y contiene las siguientes novelas ejemplares del inmortal Cervantes: *La Gitanilla*, *Rinconete y Cortadillo*, *El Licenciado Vidriera*, *La Fuerza de la Sangre*, *La Ilustre Fregona* y *La Tía fingida*. Un tomo de 328 páginas, que se vende en las principales librerías al precio de 1'25 francos.

SPANISH VIEWS OF BRITISH CONCERNS, por *Catalano Garcés Losada*. - Folleto de 24 páginas impreso en Sevilla, en la imprenta de E. Bergali, y escrito en inglés, que contiene artículos sobre interesantes asuntos sociales y políticos.

LA VERDADERA CUNA DE CRISTÓBAL COLÓN, por el *Dr. Constantino de Horta y Pardo*. - Por iniciativa de «The Columbian Institute and Hispanic Society of America», de Nueva York, se ha publicado este interesante trabajo, cuyo autor, el ilustre historiador y polígrafo cubano Sr. Horta y Pardo, fundado en importantes tradiciones históricas y en racionales y lógicos indicios, sostiene que el inmortal descubridor del Nuevo Mundo era gallego, nacido en Pontevedra. Un tomo de 96 páginas con varios grabados, impreso en Nueva York, en la imprenta de John B. Jonathan C.º

CHARLA. CRÍTICAS AL DÍA, por *Luciano de Taxonera*. - Colección de artículos sobre interesantes asuntos literarios de actualidad y sobre algunas de las personalidades salientes de la literatura española contemporánea. Son trabajos admirablemente pensados, en los que preside un acertado espíritu crítico y que se leen con gran gusto por la forma amena en que están escritos, cualidades que justifican el aplauso con que son acogidas por la crítica las obras de su autor, celebrado novelista. Un tomo de 324 páginas, impreso en Madrid en la tipografía de Antonio Marzo; precio, tres pesetas.



**Petroleo
GAL**
lo mejor
para el pelo

MADRID. — COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA
DEL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN PARA
HUÉRFANOS DE LA MARINA
(Fotografías de Vidal.)



El obispo de Sión bendiciendo la primera piedra

dra del Colegio de Nuestra Señora del Carmen destinado a los huérfanos de los generales, jefes y oficiales de la Armada. El acto fué presidido por SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina Doña Victoria y a él concurrieron el ministro de Marina D. Amalio Gimeno, el obispo de Sión, todos los generales, jefes y oficiales de la Armada residentes en Madrid, las autoridades y numeroso y distinguido público.

SS. MM. fueron recibidas por el ministro, por el almirante Sr. Viniegra y por los señores Asencio, Suances, Moreira, Salas y Pilón, que constituían la comisión organizadora.

El obispo de Sión, asistido del teniente vicario del ministerio de Marina y del Sr. Tascón, cura de apostadero, después de rezar las preces de rúbrica, bendijo la primera piedra, en la que se había grabado la siguiente inscripción: «S. M. el rey D. Alfonso XIII, en 13 de febrero de 1913, honró a la Marina, colocando esta primera piedra del edificio.»

Seguidamente la reina Doña Victoria tomó una paleta de plata que ofreció a S. M. el Rey; éste echó la primera paletada de tierra, la reina echó la segunda, el almirante Viniegra la tercera y la última el ministro de Marina.



SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina Doña Victoria en el estrado presidencial

El día 13 de este mes efectuóse con gran solemnidad en Madrid el acto de colocar la primera piedra

Firmada el acta de la ceremonia por SS. MM. y previa la venia del Rey, el almirante señor Viniegra pronunció un elocuente discurso alusivo al acto, recordando que el general Concas, en 1909, había iniciado la idea de la construcción del colegio cuya primera piedra acababa de colocarse.

Después el ministro Sr. Gimeno entonó un himno a la Marina, terminando la ceremonia con vivas a España, a los Reyes, a la Marina y al Ejército.

El Colegio de Nuestra Señora del Carmen se levantará en la Ciudad Lineal, en un solar que mide 12.060 metros cuadrados. El edificio, que ocupará una superficie de 3.318 metros cuadrados, constará de sótanos, planta baja y dos pisos. En los sótanos se instalarán la bodega, la despensa, la calefacción por vapor a baja presión, la carbonera y otras dependencias; en la planta baja, la capilla, las aulas, las salas de dirección, subdirección, recibo y estudio, salón de actos, comedor, gimnasio, oficinas y otras dependencias; en el primer piso, habrá tres dormitorios capaces para veinte camas cada uno, cuarto para el inspector de guardia y enfermería; el segundo piso contendrá habitaciones para el personal subalterno, cuarto de baño, duchas y otros servicios.

Separadamente se construirán diversas dependencias, como cocheras, cuadra, establo, palomar, lavadero, secadero y cuarto de plancha, así como la vivienda del portero-jardinero.

El resto del solar, y rodeando el edificio, se dedicará a jardín, huerta y vivero de árboles, y se construirá en él, además, un gran estanque.

La construcción del edificio ha sido adjudicada en público concurso a la Compañía Madrileña de Urbanización por el precio de 500.000 pesetas. Las obras quedarán terminadas antes de cinco años.



OBRAS ESCOGIDAS DE VENTURA DE LA VEGA DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Edición ilustrada que comprende en la PARTE DRAMÁTICA: El hombre de mundo. — Don Fernando el de Antequera. — La muerte de César. — El Sí de las niñas. — Fantasía dramática para el aniversario de Lope de Vega. — La tumba salvada, loa. — Lluven bofetones. — A muerte o a vida o la escuela de las coquetas. — Bruno el tejedor. — El tío Tararira. — La sociedad de los trece. — Quiero ser cómico. — El gastrónomo sin dinero o un día en Vista Alegre. — Una boda improvisada. — Amor de madre. — La familia improvisada. — El testamento. — El héroe por fuerza. — Otra casa con dos puertas. — La mujer de un artista. — PARTE LÍRICA: Colección general de poesías.

Dos tomos que los señores subscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA podrán adquirir al precio único para ellos de 5 pesetas cada tomo sólidamente encuadernado. Para los no subscriptores el precio de los tomos será el de 6 pesetas cada uno.

**Instituto politécnico
FRANKENHAUSEN** (Alemania)
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura.
Electro-técnica, Arquitectura.

SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS
LISTA DE PRECIOS GRATIS
COMPRA - CAMBIO - VENTA
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

INNSBRUCK, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el PİLIVORE, DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN